

CUATRO BIOGRAFÍAS Y UN GENIO (I)

Eduard März

Joseph Alois Schumpeter - Forscher, Lehrer und Politiker

Viena, Verlag für Geschichte und Politiken, 1983

Robert Loring Allen

Opening doors. The life and work of Joseph Schumpeter

New Brunswick y London, Transaction Publishers, 1991

FABIÁN ESTAPÉ

*Universidad de Barcelona
Universidad Pompeu Fabra*

Hace unos cuantos años, y dentro de la corriente casi torrencial que acompañó el centenario del nacimiento de Joseph Alois Schumpeter, un perspicaz especialista de las doctrinas económicas —y me refiero, claro está, a Herbert Giersch, Presidente del Institut für Volkswirtschaft, de Kiel— dijo —frente a las apreciaciones corrientes y molientes— que si bien Sir John R. Hicks había acertado plenamente, en 1974, cuando dijo que el tercer cuarto del presente siglo podría denominarse, justamente, “la era de Keynes”, el último cuarto del mismo siglo debería recibir la denominación de “The Age of Schumpeter”. La Edad de Schumpeter, en efecto, se refleja en la consulta más somera que se haga con respecto a los avances de la llamada Economía evolutiva; tiene reflejo, también, en la creación y desarrollo de la International Joseph Alois Schumpeter Society, con más de seiscientos miembros, y con la celebración bienal de Congresos que están constituyendo una aportación insospechada hacia la comprensión del sistema económico y, también, de la Historia de las Ideas.

Herbert Giersch, después de trazar un esbozo biográfico de nuestro autor, pone de relieve las distancias —a veces menores de cuanto se ha dado por supuesto— que separan el paradigma *keynesiano*, casi desvanecido recientemente, del paradigma *schumpeteriano* adicional. De ello da una elocuente prueba el prefacio de James Tobin (págs. XVII-XIV) gracias al cual, el que fuera Premio Nobel de Economía, supo encauzar estas páginas —ciertamente apresuradas de Eduard März— y tuvo, también, el

acierto de responder a la invitación del asesinado Presidente de los Estados Unidos, John Fitzgerald Kennedy, cuando frente a la respuesta clarividente de que James Tobin era un “ivory economist”, el asesinado presidente replicó que él, también, era un “ivory President”. Nos encontramos, pues, ante un esbozo de biografía; una biografía parcial, compuesta de recuerdos igualmente parciales de esa gran figura que fue –en el seno de la Escuela Austriaca– Joseph Alois Schumpeter.

La obra de Eduard März constituye una aproximación –no exenta de valor– que nos acerca al Schumpeter investigador, creador –*velis, nolis*– de una Escuela y actor de la escena política. Sabemos, y ello constituye una pérdida irreparable, que, cuando Eduard März se disponía a una reelaboración de la obra publicada en alemán, en 1983, tuvo lugar su súbito fallecimiento en 1989. Son estas tristes circunstancias las que tiñen de nostalgia las penetrantes páginas de James Tobin, el que –repito– supo calificarse como “economista de marfil” y que, por tanto, inician esta primera biografía de Schumpeter, seguida por las de Loring Allen, Richard Swedberg, y, finalmente, de Wolfgang W. Stolper. Son, como puede comprenderse, una coincidencia que va más allá de la simple coincidencia. No puedo dejar de remontarme a la tan comentada expresión de Herbert Gierschs y asegurar que en esta pseudociencia anida la realidad pura y simple: la de que estamos en la “Edad de Schumpeter”.

* * *

En la revisión de las cuatro biografías que se han publicado en torno a la gigantesca figura de Joseph Alois Schumpeter, la debida a Eduard März ocupa –*prior tempus, potius juris*– un lugar destacado y vió la luz por vez primera el año en el que, *urbi et orbi*, se conmemoraba el primer centenario del nacimiento de Schumpeter (así como el de John Maynard Keynes y el del fallecimiento de Karl Marx). El trabajo de März, que presentaba la ventaja nada desdeñable de contar con conocimiento casi íntimo de Schumpeter, fue, desde un principio, una obra necesitada de ulteriores perfeccionamientos. Fundamentalmente, como lo expresa el triple subtítulo, März estudió a Schumpeter como investigador, maestro y político. No son pocos los jirones de la vida de Joseph Alois Schumpeter que quedaron prendidos en la hasta cierto punto extraña aventura que, fundamentalmente, de la mano de Otto Bauer, le llevó al desempeño –breve y accidentado– de la cartera de Finanzas Públicas en la nueva y raquítica República de Austria, la menuda expresión de la orgullosa Kakania del inolvidable Robert Musil.

Eduard März supo, mejor que nadie, que su primera aproximación a la biografía de Joseph Schumpeter requería trabajo; y si bien, en cierto modo, tomó la delantera con respecto a las obras mucho más elaboradas y refinadas que se debieron a las plumas de Robert Loring Allen, Richard Swedberg (en dos sustanciales aproximaciones) y, finalmente, Wolfgang W. Stolper, también lo es que no pudo dar satisfacción a las exigencias que podemos considerar como *minimas* del género biográfico. En la actualidad, cuando en el marco del presente trabajo unimos cuatro considerables esfuerzos- ensayos biográficos, si se quiere- dentro de las perspectivas que ofrece, *velis, nolis*, el abordaje respetuoso y también entusiasta de la vida y la obra del gran economista Joseph Alois Schumpeter, hemos de seguir los hallazgos de quienes, con

Wolfgang W. Stolper a la cabeza, han sabido ofrecernos un cuadro vívido de quien, frente a otros ejemplos como lo es la magistral obra de Robert Sikelsdki, un fresco complejo donde se va dibujando, y no siempre en trazos concordantes, el devenir histórico de una figura que hoy, aproximándonos a 1997, ya no presenta las si se quiere legítimas dudas que se alzaban, hace cerca de medio siglo, cuando algunos precursores españoles –y no quiero, por estricta justicia, olvidar al intuitivo profesor José Antonio Piera Labra– apuntaban que frente a la que podía –y tal vez debía denominarse– ola *keynesiana*, existían otros colosos, por lo menos de parecidas dimensiones que, en un contexto marcadamente hostil, renuente a la existencia misma de una sedicente “escuela *schumpeteriana*”, se abrían paso, peldaño a peldaño, en esa labor ingrata y poco apreciada que consiste en hacer realidad aquella vieja máxima: “ensanchar el caletre de los españoles”.

En esa revisión, que se presenta –como es lógico– con el carácter de provisional, ocupa un lugar destacado (preferentemente sin duda) el fragmentario estudio de Eduard März que en tiempos relativamente lejanos –como son los de 1983– abordó la problemática *schumpeteriana* subdividiéndola en tres grandes apartados: *Forscher, Lehrer und Politiker*; y, efectivamente, Joseph Alois Schumpeter fue un investigador, un maestro y un político; la ventaja comparativa de la que disfrutó Eduard März surge del hecho mismo del acceso a las fuentes primordiales. Schumpeter no se había convertido –reconozcámoslo ahora– en un “clásico”; era uno de los grandes economistas de la numerosa escuela austriaca que, en aras de la versatilidad que nadie negó a sus cualidades, y a sus errores y aciertos, supo desbordar el marco estricto que habían trazado años atrás hombres como Carl Menger y que, desafiando la receta clásica, la tan querida por los marginalistas austriacos, no habían vacilado –para emplear una expresión favorita de José Ortega y Gasset– en descender a la plazuela, a manifestar sus opiniones, a contradecir la verdad oficial. Schumpeter fue, para decirlo en palabras del propio Eduard März, un rebelde sin causa. ¿Sin causa? Aquí el interrogante se abre y no deja de cerrarse y tal vez por ello sea de alguna utilidad para el número creciente de cultivadores de la historia del pensamiento económico en nuestro país apuntarles –desde ahora– la existencia que no presenta síntomas de debilidad y que pueden ver leyendo, y releendo los dos volúmenes de Robert Loring Allen (lectura facilitada por la correcta versión castellana editada en Valencia Fundación Alfonso el Magnánimo, en 1996). Y, sobre todo, por las dos obras que mejoran –a mi juicio– las de Eduard März y Robert Loring Allen.

Como no estamos jugando al célebre juego de las sillas musicales que popularizara Lord Keynes, ni tampoco guardando secretos más propios de aquellos “bochorrosos certámenes” (que así los denominaba don Ramón Carande), vayan mis claras preferencias. En primer lugar, la excelente biografía debida a Richard Swedberg, que a su vez vino precedida de un análisis circunstanciado de una vertiente a veces poco apreciada de Joseph Alois Schumpeter: la del Schumpeter Sociólogo. Pero, conste que no concluye aquí el débito de gratitud que tenemos hacia Swedberg, cuya insuperable biografía ha sido traducida al alemán. Me estoy refiriendo –sabiendo que difícilmente la obra verá su traducción al castellano– al libro que constituye una auténtica obra de arte y que se debe a Wolfgang W. Stolper, un antiguo discípulo de Schumpeter, que tuvo la suerte adicional –la economía externa, si se prefieren términos superferrolíticos– de ser hijo de unos de los mejores amigos de Joseph Alois Schumpeter y de la más que célebre Doctora Toni Stolper.

No es posible –se lo aseguro– rivalizar en ese orden de las llamadas, si quieren, “economías externas” que la que ha disfrutado Wolfgang W. Stolper, un hombre que, además, ha podido “lucrarse” de todo el campo de cultivo que han llevado a cabo Eduard März, Robert Loring Allen y, finalmente, Richard Swedberg. Nosotros, el que suscribe, por lo menos, está abrumado, y lo está por razones que conocen de sobra quienes allá por la primera década de la segunda mitad de este siglo fueron alumnos, y alumnos no siempre convencidos de la existencia, dentro de la que vuelvo a denominar “oleada *keynesiana*”, de un economista –de origen austriaco– y célebre o medianamente célebre gracias a un libro llamado a convertirse en un clásico de fines de siglo: “Capitalismo, Socialismo y Democracia”.

No es suficiente exponer, aquí y ahora, el que pudiéramos denominar “florecimiento” de la vida y la obra de Joseph Alois Schumpeter. Y la razón –según mi criterio– es muy simple: Joseph Alois Schumpeter no ha de clasificarse o dejarse de clasificar entre los que, empleando la feliz expresión de Joan Robinson, han sido “creadores de instrumentos” (*box of tools*), apoyos para el avance del conocimiento económico, siempre concebido desde la provisionalidad, desde la perspectiva histórica de una ciencia que, como la Económica, no ha dejado de arrumar viejas doctrinas, simples interpretaciones y exposiciones más o menos enfáticas de los más variados dogmas. Y el hecho se explica muy simplemente: Schumpeter reunió a lo largo de su casi dilatada vida (1883-1950) la manifestación o manifestaciones más diversas, y muchas veces contradictorias. ¿Quién fue Schumpeter? El que rompe el equilibrio marginalista con la introducción prácticamente teórica del “empresario innovador”. ¿Fue Schumpeter un hombre que, dentro de la catedral edificada por Carl Menger, supo unir las partes más fecundas del pensamiento de Karl Marx (1818-1883) para poner de relieve la inmensa trascendencia de una visión “dinámica” de la sucesión de los Sistemas Económicos? ¿Fue un hombre capaz, en la efímera República Austriaca –desecho del Viejo Imperio Austro-Húngaro–, de afrontar las consecuencias inevitables de la reconstrucción económica –de acuerdo con sus ideas, mediante la imposición de una leva de capitales– o fue un juguete de los famosos socialistas austriacos, con Otto Bauer a la cabeza? ¿Fue el gran y excéntrico profesor protegido de Eugen von Böhm-Bawerk, que marcó su estancia en Czernowit con anécdotas que perduran al cabo de décadas?

Lo menos que se puede dudar es que estas concretas relaciones de Joseph Alois Schumpeter con el pensamiento *marxista* –cuando la postura “oficial” de la Escuela austriaca residía, en el mejor de los casos, en la acerada crítica presentada por el gran economista Eugen von Böhm-Bawerk–, han alimentado –durante años y años– una determinada postura de “ambigüedad” que ha permitido (singularmente en la etapa de Harvard, 1932-1950) rodear la vida y obra de Schumpeter de la sospecha –estigma si se quiere– de sus veleidades, digamos, de tipo pseudosocialista. Vale la pena en estos momentos iniciales del tratamiento del Schumpeter visto por Eduard März recordar auténticos exabruptos de los cuales no puedo soslayar la categórica e inadmisibles afirmación del filibustero que fue Edgar Salin, quien no vaciló en descalificar a nuestro autor, cuya estatura jamás pudo alcanzar, ni siquiera por el efecto beneficioso de la sombra, llamándole “Este socialista” (*sic*).

Las cosas siempre fueron más complicadas, y no digamos para una mente tan rica de matices, cautelas, aperturas a la comprensión hacia las posturas de los demás. No olvidemos la más que célebre carta de Ragnar Frisch a Joseph Alois Schumpeter cuando le ponía de relieve –recién la lectura de *Business Cycles*– que no había encon-

trado nunca un espíritu tan abierto, tan dispuesto a escuchar las opiniones de los demás. No será esta la última vez en que recurrirá a la celeberrima cita de Schumpeter cuando decía que “comprenderlo todo significa perdonarlo todo”.

Como sucede con personajes del fuste de nuestro Joseph Alois Schumpeter resulta prácticamente imposible unificar el tratamiento, el análisis y el comentario de quien –se quiera o no se quiera– destaca del conjunto de los profesionales de su Ciencia y se convierte, también con pareceres contrastados, en una figura señera, dispuesta siempre a un nuevo descubrimiento, a un nuevo análisis. Para mí, después de trabajos que, repito, se remontan a los primeros años de la también primera década de la segunda mitad del Siglo XX, he de llegar a la conclusión de que estamos ante una de las figuras de mayor fuste que ha dado la Ciencia Económica desde los albores de aquellas cogitaciones de los Griegos, de los Escolásticos y de la serie de pensadores que, sobre todo, a lo largo del Siglo XVIII emprenden un proceso –todavía digno de investigación ulterior– que, para respetar la economía procesal denominaré de “independización de la Ciencia Económica”. Son años en los cuales van desprendiéndose los ingredientes relacionados con la Teología, la Jurisprudencia e incluso la casi gaseosa Ciencia de la Administración del Estado.

Es cierto que el trabajo –en el conjunto de trabajos emprendidos por Eduard März–, tal como ha señalado James Tobin, el célebre Sterling Professor Emeritus of Economics, de la Universidad de Yale, del recordado Eduard März, que no pudo ver concluidos sus desvelos en virtud de la llamada de la Parca que se produjo en 1989, ha abierto horizontes claramente llenos de luz, sobre todo a la vista de la riqueza de materiales que se han acumulado en la última etapa de Joseph Alois Schumpeter, es decir la que va desde 1932 hasta su fallecimiento el 8 de Enero de 1950.

März ha aportado conocimientos realmente importantes porque la que puede denominarse la época “europea” de Schumpeter encierra misterios, sugerencias y promesas todavía por desvelar.

Y es que, en sustancia, la principal aportación teórica de Joseph Alois Schumpeter consistió en romper –incluso con cierta brusquedad– la tradición marginalista que habían iniciado, en los años que suelen definirse como Revolución Marginalista y que después de una ruptura, también a veces violenta con la vieja tradición de la doctrina del Valor-Trabajo que se había cristalizado ya en los primeros años de la caduca Teoría Clásica Británica, con aquellas luminarias –no es mi misión reducir méritos– que fueron Adam Smith, con todas las reservas *schumpeterianas* que son sabidas, para continuar en las diestras manos de un Robert Malthus, un David Ricardo (culmen del talante deductivo a lo largo del siglo XIX), la sucesión de glosadores (no se me ocurre otro término más expresivo) porque, sin duda, el peso gigantesco, y conjunto, de las obras de David Ricardo y de Thomas Roberto Malthus, complicado hasta extremos increíbles por la difusión de la mítica obra de Adam Smith: *Una Investigación sobre la Naturaleza y las Causas de la Riqueza de las Naciones* (1776), privaron del mínimo atisbo de “originalidad” a ese grupo de economistas británicos, entregados –uno a uno– a la glosa del llamado “genial escocés” Adam Smith (1723-1790) y también, para qué negarlo, la difusión de la vetusta *Riqueza de las Naciones*, encerrado en compendios, resúmenes, manuales para la “aplicación práctica”, y otros menesteres, ello nos lleva, y es el momento de hacerlo, a conceder a la visión *schumpeteriana* –ya en 1911– que concedía un valor absolutamente menor a las “aportaciones analíticas de las Riquezas de las Naciones”. Por esta razón, y no podía ser de otro

modo, la ruptura *schumpeteriana*, sustancialmente introduciendo el pensamiento *marxista* en el armazón del pensamiento marginalista austriaco.

Tal vez el mejor procedimiento consista en seguir los pasos que en su día diera Eduard März para, en cierto modo, “disecar” el pensamiento *schumpeteriano*. ¿De qué se trataba? Pues muy sencillo: de una de las cuestiones que han originado mayores comentarios y discusiones en el análisis del análisis *schumpeteriano*. Volvamos al punto de origen. Joseph Alois Schumpeter, con la excepción cierta de un Eugen von Böhm-Bawerk, fue el economista que concedió –si se me concede la expresión– “carta de ciudadanía” a un autor que había sido relegado al círculo dantesco de los malditos; ciertamente, me refiero a Karl Marx, el más que célebre judío de Treveris (1818-1883). Es cierto que en la actitud de Eugen von Böhm-Bawerk predomina la postura del crítico: Böhm-Bawerk quiso salvar, a toda costa, la ortodoxia que se había afianzado mediante la labor independiente, pero de una interdependencia admirable, que incluso permite a los cultivadores de la historia de las doctrinas económicas hablar del Utilitarismo, llegando a unir –con innegable artificiosidad– nombres tan imperecederos como son los de Carl Menger, Leon Esprit Walras y, sobre todo, William Stanley Jevons. Sin duda, para un talento como lo fue el de Eugen von Böhm-Bawerk, la defensa a ultranza de la teoría del valor, dejando a un lado la vieja teoría del valor-trabajo, y situando –lo que no es poco– al hombre en el centro de la escena, tenía que constituir una labor de primer orden; no se trataba de solventar una cuestión secundaria; no se trataba de levantar murallas sólidas frente a la larga tradición que los grandes clásicos británicos habían depositado, *velis, nolis*, en el inmenso cosmos que suponía el pensamiento *marxista*.

¿Cuáles fueron las raíces que llevaron a Joseph Alois Schumpeter cerca de los manantiales mas profundos del pensamiento *marxista*? Aquí, como he tratado de puntualizar en los párrafos anteriores, hemos de bucear en las primeras obras del genial economista austríaco; un economista que, como acabo de señalar, supo diferenciarse de la corriente, digamos, “ortodoxa” que, con todos los respetos para Carl Menger, supo encabezar Eugen von Böhm-Bawerk; una diferenciación que tendría sus prolongaciones hasta los años postreros del hombre que supo impartir ideas “nuevas” en Czernowitz, Graz, Bonn y, finalmente, Harvard. La cuestión –que no fue debidamente apreciada por Eduard März– radicaba en la visión plenamente “dinámica” de la evolución de los Sistemas Económicos, que nuestro Schumpeter hizo pieza maestra de su construcción teórica. Un hombre de la rica formación histórica que tuvo J.A. Schumpeter no pudo pasar por alto la trascendental aportación de Karl Marx, según la cual –y valga el resumen– los sistemas económicos y sociales poseen fuerzas de diversa intensidad, y entran en movimiento, generando nuevas situaciones. En un planteamiento si se quiere simple, para Karl Marx las fuerzas endógenas que se albergan, remueven y chocan, en el seno del Feudalismo dan nacimiento, repito, a nuevas situaciones económicas y sociales que alumbran un *nuevo orden económico y social*. En la visión dinámica de Karl Marx –la que Schumpeter consideraba su logro más importante– el viejo *feudalismo* daba nacimiento, sin traumas incluso, al *nuevo orden económico y social: el capitalismo*. Por ahí debe buscarse, aceptando de buen grado las precisiones de Eduard März, el que pudiéramos denominar “ingrediente socialista” en la *opera magna schumpeteriana*.

Esta trascendental “importación” del pensamiento *marxista* la hizo J.A. Schumpeter desde los mismos orígenes de su visión del proceso capitalista. Era obvio que ello suponía, y no era poco, un alejamiento casi radical de la visión estática de un

Leon Walras. ¡Qué lejos quedaba la visión *schumpeteriana* –la del empresario “innovador”– de la curiosa empresa (la que dejaba estupefacto a Francis Y. Edgeworth) y que no hacía “ni beneficios ni pérdidas”!

Pues bien, esta primera aproximación del austríaco Eduard März nos lleva de la mano a una mejor comprensión de la insondable ruptura provocada, ya en 1911, por el niño mimado, “L’*enfant gâté*”, de la estimable Escuela Austríaca. Nosotros, desde esta cala, construida en torno a cuatro biografías, “März, Allen, Swedberg y Stolper”, hemos de reivindicar lo que desde las más diversas filas se ha reprochado a Joseph Alois Schumpeter: por los más diversos economistas, sin excluir, por ejemplo, al veterano Premio Nobel, y a la vez discípulo de J.A. Schumpeter en la Universidad de Harvard, Paul Anthony Samuelson. Quiero llamar la atención, ahora, acerca de una publicación que versa sobre las relaciones entre “Capitalismo y Democracia”, que lleva por subtítulo “Schumpeter Revisited”, y que fue editado por Richard D.Coe y Charles K. Wilber, acompañados por Gary Becker, Samuel Bowles, Warren Samuels, Charles Wilber (la obra, fruto feliz de una iniciativa de la University of Notre Dame, Indiana, 1985).

Y conste, para todos los efectos, que la publicación precedió, por pocos meses, a la que –se quiera o no se quiera– hay que denominar “The Age of Schumpeter”. No fue casualidad que unos meses antes unos eméritos *schumpeterianos* crearan “la International Joseph Alois Schumpeter”, con una vida esplendorosa de la que hablaremos pronto. Valga, sin embargo, esta circunstancia la precedencia si se quiere de quienes, bajo el manto genérico de las “Cuatro Biografías”, nos han acercado, e impulsado, un movimiento de reconocimiento internacional, completándolo, incluso, con la puesta en marcha de una rama especial de la Ciencia Económica que, bajo la denominación de “Evolutionary Economics”, y una publicación periódica que reciben los socios de la *International Society*, demuestran, día a día, el potencial y el conjunto de retos científicos que se abren ante nosotros, y, sin duda, las generaciones inmediatamente posteriores.

No cabe duda de que estamos muy lejos, y la lectura y meditación de las Cuatro Biografías convence al más pintado de la súbita devoción, que hoy por tí y mañana por mí, despiertan unos fervorines alentados –muchas veces– por el deseo de mostrar la “presencia” del erudito en los catálogos al uso. En nuestro caso, y volviendo a la obra de Eduard März, vale, como eco de la ruptura en el seno de la Escuela Austríaca, la reflexión sobre lo que supuso –y debió ser mucho– el alejamiento de los cánones acuñados por el veterano Carl Menger; vale, como queda indicado, la explicación sobre la influencia del pensamiento *marxista*, pero, ahora, y con un sentido si se quiere “economicista”, voy a dedicar las páginas finales de este apartado a la actuación –tan discutida– de Joseph Alois Schumpeter al frente del Ministerio de Hacienda de la nueva y exigüa República de Austria.

LA VIDA POLÍTICA DE JOSEPH ALOIS SCHUMPETER

Tal vez las informaciones de mayor relieve que contiene la biografía elaborada por el profesor Eduard März se refieren –y seguramente no podía ser menos– a las breves y accidentadas peripecias de Joseph Alois Schumpeter, cuando, muy poco después de la catástrofe derivada de la conclusión de la Primera Guerra Mundial, convirtió –por el imperio de la fuerza– aquella vetusta construcción que se paseó, literalmente, por la Europa de comienzos del Siglo XIX con el rimbombante nombre del

Imperio Austro-Húngaro. Todos hemos aprendido, con mayor o menor disponibilidad de ánimo, que la vieja Corte recibiría un marchamo indeseable –que en unos términos casi frívolos reposan en las interpretaciones de la legendaria Sisi, o, para situarnos en un plano absolutamente más serio nos llevan a este inmenso novelista austriaco que fue Robert Musil, el hombre de la inacabada obra “El hombre sin atributos”–. Nadie, hasta donde alcanzan mis conocimientos, ha logrado la altura de un Robert Musil, descarnado analista de la sociedad austro-húngara, y consagrado a diseñar –con pasión de entomólogo– la vida social y económica de Kakania. Y esta es la realidad con la que nos encontramos cuando los resultados de la conclusión brusca de la Primera Guerra Mundial convirtieron a la República Federal Austriaca en un residuo del viejo Imperio Austriaco. Y es en ese mundo, nuevo y si se quiere inhóspito, donde Joseph Alois Schumpeter se vió enfrentado –con su voluntad o frente a sus deseos– a la tarea de enderezar las finanzas de la nueva República Austriaca.

Joseph Alois Schumpeter no contaba con apoyos políticos suficientes. En el fondo, su apoyo se limitaba al grupo más reducido de los llamados “socialista austriacos”. Entre ellos, sin duda, destacaba Otto Bauer, y tampoco ocupaba un lugar secundario un hombre como Rudolf Hilferding (el que fallecería en 1940 en Marsella, torturado por las SS). En resumidas cuentas, Joseph Alois Schumpeter ocupó, durante unos breves meses, la cartera de Finanzas Públicas; pero el desempeño de la cartera fue prácticamente provisional; no tuvo apoyos firmes; no alcanzó apoyos firmes en un Gobierno francamente débil. Una persona como Joseph Alois Schumpeter no podía esperar respaldos suficientes para emprender una política tributaria como la que había diseñado en la “La Crisis del Estado Tributario”. Imaginen, tan sólo, la propuesta *schumpeteriana* según la cual el remedio, casi infalible, residía en el establecimiento de una leva de capitales. Para cualquier observador de la realidad actual, la propuesta de Joseph Alois Schumpeter difícilmente podía superar el estadio de la utopía. ¿Dónde existían las bases populares, y no sólo populares, para soportar lo que, a todas luces, se presentaría como un gravamen adicional sobre las fortunas, sobre los “bien dotados”?

Ciertamente, los puntos de apoyo eran más que escasos y nada podía esperarse de una situación grávida de riesgos políticos. La única solución que podía sostener a Joseph Alois Schumpeter descansaba en el estado de necesidad, en la convicción, que jamás fue compartida, de que el camino de sangre, sudor y lágrimas sería el único camino válido para que aquella construcción artificial y artificiosa que suponía la República Austriaca tuviera la menor posibilidad de éxito después del duro parto que supuso el Tratado de Neully. Y si el gran rival científico de Joseph Alois Schumpeter, y me refiero, naturalmente, a John Maynard Keynes, supo poner toda su acerada crítica sobre el Tratado de Versalles, Schumpeter no pudo hacer lo mismo. Ciertamente, la posición de fuerza –intelectualmente incluso– era muy superior a la que podía esgrimir Joseph Alois Schumpeter, vinculado a los múltiples compromisos que habían tenido que admitir los famosos “socialistas austríacos”. Schumpeter carecía de un partido político que sostuviera su criterio y, naturalmente, se veía obligado a comprometer su acción dentro de un marco de política económica que, para ser lógicos, carecía de consistencia. No existían líneas de convergencia de índole tributaria, ni tampoco unos criterios –como he dicho más arriba– que sirvieran para difundir, con la suficiente base de consenso, los mismos criterios de distribución de la carga tributaria extraordinaria. Y sumemos a esto, como señala Eduard März, los sucesivos episodios que de-

terminaron la entrada en juicio de criterios tan vidriosos como lo fueron las admisiones de capitales extranjeros.

Es preferible, por lo menos este criterio que aquí adelanto, y que han hecho suyos los restantes biógrafos de Joseph Alois Schumpeter (Allen, Swedberg y, finalmente, Stolper) admitir que todos los datos estaban echados contra las más mínimas posibilidades de éxito de aquel tan comentado “enfant gâté” de la Escuela Austriaca. No. Schumpeter fue un pésimo Ministro de Hacienda de la recién estrenada República de Austria, aun cuando deba consignarse en su favor que estuvo sometido a una tarea francamente imposible: no se podía hacer otra cosa; tal vez, como apuntara el gran Max Weber, en Schumpeter nos encontramos ante un hombre que quiso luchar contra lo imposible; también el propio Max Weber nos decía que sólo intentando lo imposible se logra atravesar la tabla de lo posible.

Lo cierto es que las operaciones bursátiles, cuyo origen remoto se remontaba al Ministerio de la República de Austria, no dejaron de afectar la credibilidad de Joseph Alois Schumpeter. La prensa económica de la época (el *Arbeiter-Zeitung*, por ejemplo) no dejó de concentrar sus ataques sobre el titular del Ministerio de Hacienda al cual hacen responsable de su actitud “pasiva” ante la orgía especulativa que se había desencadenado en la Bolsa de Viena. En resumidas cuentas, se hizo lo posible para responsabilizar a Joseph Alois Schumpeter de una operación que, siendo necesaria, entrañaba un determinado cargo de responsabilidad.

Lo cierto es que la auténtica responsabilidad de Joseph Alois Schumpeter se circunscribía a la puesta en práctica del programa —sólido y responsable— mediante el cual podría afrontar la gran tarea que suponía la recuperación de la economía austriaca. El programa “conservador” de J.A. Schumpeter no presentaba dificultades de ningún orden, y menos de tipo ideológico. No es de extrañar que en el mismo figurara la creación de un Banco Central, del banco Central de Viena; pero estas propuestas cayeron en el peor de los ecos: los sordos deliberados son los peores sordos.

Y así todos los socialistas austriacos, como el destacado Otto Bauer, que habían recibido con cierto alborozo la propuesta de la leva de capitales, se unieron en una Impía Alianza para frenar las restantes sugerencias de J.A. Schumpeter. En resumen, como señala Eduard März, la mayoría de los partidos políticos contemplaron como excesivamente radicales las ideas de Schumpeter mientras otros las calificaban de excesivamente pragmáticas, y, no se olvide: “hostiles a los famosos *Anschluss*”.

Siguiendo las páginas más agudas de la biografía debida a Eduard März nos adentramos en un episodio que, a lo largo de los años, no ha dejado de perseguir a los seguidores y a los críticos de Joseph Alois Schumpeter, y que se refiere —concretamente— a los escasos meses en los cuales, con apoyos más frágiles de cuanto hubiera supuesto nuestro héroe, desempeñó la cartera de Ministro de Hacienda de la República de Austria, residuo casi violento del “ajuste de cuentas” que siguió a la auténtica demolición del viejo Imperio Austro-Húngaro. Ciertamente, la situación económica que tenía ante sí el Gobierno presidido por el Canciller Renner no tenía nada de envidiable. Hasta cierto punto era forzoso admitir que, dejando a un lado la situación relativamente más privilegiada de la capital macrocefálica —es decir, de Viena— los niveles de consumo descendían hasta niveles inferiores a los registrados durante la época más dura de la Primera Guerra Mundial.

A la recién descrita situación económica, con un horizonte francamente oscuro, había que añadir la inestabilidad política, fundamentalmente derivada de los ecos de la Revolución Rusa que daban lugar a una continua pugna por el poder con la punta

de lanza generalmente esgrimida por los famosos *marxistas* austriacos. Para un hombre de las convicciones económicas que habían sido claramente expuestas por J.A. Schumpeter en su *Die Krise des Steuerstaates*, la recuperación del equilibrio presupuestario era una meta que no podía dejarse a un lado. Schumpeter se encontraba frente a cuatro factores importantes y que determinaban el déficit: a) los intereses y la amortización de la deuda de guerra de Austria y Hungría; b) los recursos precisos para sostener a los parados; c) los subsidios a los precios alimenticios, que tenían por finalidad (¡nada nuevo bajo el sol!) cubrir la diferencia entre el precio del alimento de que se tratara y el precio efectivamente pagado por el consumidor; y, finalmente, d) los fondos precisos para sostener un enorme aparato burocrático cuyas dimensiones habían sido establecidas para servir las necesidades de un Gran Imperio: ¡la Kakania de Robert Musil!

Seguramente, el punto de fricción que J.A. Schumpeter despertó entre sus aparentes apoyos, y los que veían en las doctrinas del “brillante profesor” una amenaza cierta para sus intereses, residía en su convicción, tantas veces reiterada, sobre la necesidad –inevitable– del establecimiento de una “leva de capital”. En realidad, la postura de Schumpeter era ya débil cuando el Canciller Renner tuvo que acudir al refrendo popular por segunda vez. Nadie ayudó tanto a Schumpeter como el socialista Otto Bauer. Se trataba, y esto lo han puesto de manifiesto certeramente los restantes biógrafos de Schumpeter, de una relación iniciada en los creativos Seminarios de la Facultad de Derecho de la Universidad de Viena. Otto Bauer sabía, sobradamente, que su amigo Joseph Alois Schumpeter no era un “socialista militante”, pero valoraba hasta extremos hoy inconcebibles la elección de la leva de capitales como remedio imprescindible para lograr el reequilibrio de la economía austriaca, hasta el punto de quemar en su apoyo a J.A. Schumpeter una buena parte de su activo político.

En el transcurso –dramáticamente breve– del desempeño de la cartera de Hacienda por parte de J.A. Schumpeter, se cruza una vieja y a la vez actual cuestión: de las relaciones entre la República de Austria y el recortado Imperio Alemán. En este aspecto es justo señalar, y así lo hace el propio Eduard März, que Schumpeter fue siempre contrario, incluso durante la época agria de la contienda de la Primera Guerra Mundial, al tan célebre (y sangriento) *Anschluss*. La corrección en torno a tan importante cuestión obliga a puntualizar que un hombre como Otto Bauer –con tanto peso en el Gobierno Renner– no vaciló en desplazarse a Berlín, y es de suponer que a espaldas de Schumpeter, para sugerir –a la mayor brevedad posible– la creación de una Unión Monetaria. Otto Bauer, por raro que pueda parecer hoy, no encontró en Berlín un apoyo que había dado por descontado.

El Ministro de Hacienda de la nueva República de Austria, nuestro J.A. Schumpeter, planteó siempre un criterio llamado a provocar apoyos y estímulos: sencillamente defendía la conservación de Viena como un gran centro de la Europa de la Posguerra: su argumento se centraba en la conservación de un centro financiero como el de Viena que, gracias a la revitalización de los viejos canales financieros con los más distantes centros del Viejo Imperio, facilitaría el desempeño de una función tan importante como lo era la de que los bancos de Viena fueran los “depositarios” de los fondos extranjeros sucesivamente importados.

Con su planteamiento, J.A. Schumpeter no quería establecer un frente “abierto” contra las posiciones adoptadas por Otto Bauer. Su criterio era, en un cierto sentido, “economicista”: las medidas socializadoras –las que fueran imprescindibles– debían

adoptarse sin demora; en cualquier caso debían adoptarse, repito, sin suponer obstáculos graves a la tarea prioritaria: la reconstrucción de la economía de Austria.

El planteamiento de la política económica propuesta por Joseph Alois Schumpeter no cayó en saco roto. Otto Bauer hizo valer toda su fuerza en el Gabinete Renner para minar la posición del Ministro de Hacienda. Al mismo tiempo, la célebre “Comisión de Socialización”, que presidía Otto Bauer, pudo aprovechar la situación caótica creciente, anunciando ya la inminente socialización de los sectores de mayor enjundia en la infraestructura de la economía austriaca. Fundamentalmente, lo que se proponía a una opinión pública estupefacta era una “socialización” por partes; la primera era la que se anunciaba más arriba. Pero, contra lo que pudiera haberse imaginado, surgieron dificultades inesperadas. Y la cuestión, como sucede en la escena digámoslo “neoliberal”, surgió cuando una parte sustancial de los activos industriales austriacos pasaron a engrosar los intereses de los capitalistas italianos que habían contemplado, no sin sorpresa, cómo la nueva Austria ponía en el mercado una parte muy importante de la industria austriaca, *strictu sensu*, sin excesivas o nulas garantías: el día 22 de Mayo de 1919 la famosa *Alpine Montangesellschaft* pasaba al dominio de los intereses de los escasamente simpáticos italianos.

El problema, contemplado con la perspectiva actual, no merece el auténtico escándalo que brotó en Viena: la economía austriaca requería, cada vez más, la aportación de capitales extranjeros, y es obvio que, por relaciones de complementariedad, eran los capitales de procedencia italiana los que servían para las necesidades expuestas. Ciertamente, la operación no pudo realizarse sin altibajos: Schumpeter no pudo salir de la contienda sin perder un buen número de plumas.

Eduard März aporta en su biografía detalles realmente importantes sobre esa breve, pero sustanciosa etapa, en la que Joseph Alois Schumpeter –apoyado sustancialmente por los socialistas austriacos, con Otto Bauer a la cabeza– desempeñó la cartera de Hacienda en la recién alumbrada República de Austria. Ya he dicho más arriba que Schumpeter quiso adoptar una política tributaria plenamente ortodoxa (*Die Krise des Steuerstaat*) lo cual suponía, ni más ni menos, que el establecimiento de una enérgica leva de capitales. Muy pronto las fuerzas políticas que sostenían a Schumpeter cayeron en la cuenta de que la mencionada leva de capitales pertenecía a una zona más o menos utópica. No se encontraba la Sociedad austriaca, llagada todavía por la derrota militar, dispuesta a efectuar un esfuerzo casi sobrehumano.

Pero las dificultades con las que tropezó Schumpeter no se limitaron a esas explicables resistencias ante un “remedio de caballo” como el que suponía la leva de capitales. La realidad que se impuso inmediatamente se refería a la necesidad *perentoria* de conseguir capitales extranjeros. En los movimientos de los capitales que fueron llegando a la República de Austria destacaron –y de manera destacada– los capitales de procedencia italiana. Los sectores italianos destinados a la industria pesada contemplaron con avidez la posibilidad que presentaba la industria austriaca. Todo ello resultó favorecido por el tipo de cambio, tan favorable para los italianos, así como por la depresión que reinaba en la Bolsa de Viena. Las adquisiciones de las acciones austríacas fueron llevada a cabo mediante la intervención de la Richard Kola & Co. Kola, la cual había recibido, ni más ni menos, que el encargo del Ministro de Hacienda para conseguir divisas extranjeras gracias a la venta de activos nacionales.

En resumidas cuentas, y para terminar, la obra de Eduard März constituye una yuxtaposición de diversos fragmentos destinados a formar parte, sin duda, de una biografía completa, pero contiene, también sin duda, datos y observaciones interesantes

en el proceso de adquisición de una información lo más completa posible sobre la obra y la vida de Joseph Alois Schumpeter, fundamentalmente en sus vertientes teóricas y en lo relativo a su accidentada actuación como Ministro de Hacienda en la República de Austria, en el adverso año de 1919.

* * *

La biografía de Robert Loring Allen, con la subdivisión, tal vez forzada, entre la etapa Europea y la etapa Americana de Joseph Alois Schumpeter, constituye, sin duda, una aportación ciertamente importante en esta “producción” casi simultánea de los relatos biográficos de quien, sin duda, ya para recordar la calificación de Herbert Giersch, se ha convertido en la cumbre del último tercio del Siglo XX. Hoy nos encontramos, frente a los trabajos meritorios de Eduard März, Robert Loring Allen y, finalmente, de Richard Swedberg y de Wolfgang Stolper con un auténtico aluvión de biografías, que, se quiera o no, nos ofrecen una silueta casi inédita de la vida y la obra de uno de los grandes economistas del Siglo XX. Ahora, por el imperio de la disciplina del trabajo –que también se impone– hemos de abordar una de las grandes biografías debida, no hace falta decirlo, a Robert Loring Allen.

Hemos recurrido, en las páginas anteriores, a las observaciones de Eduard März; sabemos que, gracias a este contemporáneo de J.A. Schumpeter, han podido ponerse de relieve muchos e importantes aspectos de la vida “pública” de Schumpeter; una vida pública que le llevó –por escasos meses– a regentar el Ministerio de Hacienda de la recién estrenada República de Austria. Ahora, sin embargo, la extensa obra de Robert Loring Allen, *Opening doors. The Life and Work of Joseph Schumpeter*, añade precisiones y detalles que, junto a las obras de Swedberg y Stolper, completan el cuadro de las grandes biografías que dan unas pinceladas finales para la comprensión de la vida y la obra de uno de los economistas de mayor fuste del Siglo XX; no ha sido una causalidad que talentos de la penetración de un Herbert Giersch se atrevan a comparar la hegemonía *keynesiana* durante el último tercio del presente siglo para pasar, ahora que nos encontramos en el último tercio del Siglo XX, cuando ya no se despiertan sorpresas de ningún género, a lo que puede, y creo, que debe llamarse la “Era de Schumpeter”.

Robert Loring Allen (cuya obra ha sido felizmente traducida al español) dispuso, inicialmente, su obra en dos volúmenes. Se trata de una decisión discutible, y que ha sido discutida en mas de una revista de Estados Unidos, atendiendo al aumento del coste de la obra. Pues bien: el primer volumen comprende prácticamente la totalidad de la vida y la obra de Schumpeter en Europa: sería pues una reflexión histórica –plenamente documentada– desde 1883 a 1932; desde el nacimiento de Schumpeter, el 8 de febrero de 1883; al emotivo momento en el que nuestro hombre dirige un discurso que conserva, en el día de hoy, toda su fuerza pedagógica y emotiva, y mediante el cual se despide de sus antiguos alumnos de la Universidad de Bonn.

La biografía comienza con la referencia inevitable al origen modesto de su padre, un mediano empresario textil, casado con Johanna Gruener, de origen católico. Nuestro Schumpeter no pudo disfrutar de la compañía de su padre. En 1887, recién

cumplidos los treinta y dos años, fallecía repentinamente. Desde aquel entonces, y contando los años postreros en la Universidad de Harvard, su madre fue uno de sus puntos de referencia; un auténtico icono, si tenemos en cuenta –como lo haremos más adelante– lo que para nuestro hombre supuso la gran tragedia sobrevenida en 1926, año en el cual junto a la muerte de su madre perdió a su segunda esposa y al hijo que murió de sobrepeso. Nada o casi nada puede entenderse de la vida de Schumpeter sin tener en cuenta la dedicación, casi obsesiva, que su madre tuvo por su hijo único. Muy poco después de su viudedad, Johanna trasladó sus pertenencias a Graz. En los colegios de Graz, Schumpeter comenzó a mostrar sus dotes nada comunes; así han quedado muestras de su insólita capacidad para las lenguas: latín; griego; y desde luego los principales idiomas europeos modernos, especialmente Francés, Inglés e Italiano. Fue ya durante esos primeros ejercicios de una inteligencia fuera de lo común cuando Schumpeter pudo desarrollar una memoria fuera de lo que era habitual entre sus compañeros. Es totalmente cierto que Schumpeter desarrolló la costumbre de recoger pensamientos, aforismos y puntos de vista. Semejante costumbre, que fue un auténtico hábito en Harvard, como lo han recordado sus más destacados discípulos y colegas, tuvo, pues, su origen, en esos años capitales de Graz.

Fue entonces cuando la madre de Schumpeter, demostrando una capacidad de decisión decisiva en el rumbo futuro de la carrera científica y social de su hijo, rompió con su *status* de viuda. En el medio social que frecuentaba Johanna destacaba un alto oficial del Ejército Imperial Austro-Húngaro, Sigmund von Keler, que era, entonces, un Mariscal de Campo retirado del mencionado Ejército. Después de un período no excesivamente largo, lo que interesa es señalar el elevado salto que los Schumpeter daban en la Sociedad austríaca, a partir del día 9 de Septiembre de 1893; ciertamente la diferencia de edad era más que notable: treinta y dos años separaban esposo y esposa. Pero para Joseph Schumpeter habían variado radicalmente sus condiciones de acceso a la más alta Sociedad austríaca.

El nuevo matrimonio, y en mi opinión debido a la fuerte personalidad de Johanna, consideró que las excepcionales dotes de J.A. Schumpeter debían encontrar un espacio mucho más amplio que el que ofrecían los centros de formación situados en Graz. De ahí el traslado a Viena y, sobre todo, la posibilidad de acceder al *Theresianum* (La famosa Academia de Nobles fundada por la Emperatriz María Teresa); en puridad, J.A. Schumpeter no reunía las rigurosísimas condiciones exigidas para el ingreso en el *Theresianum*, toda vez que su título nobiliario no podía, automáticamente, trasladarlo a su hijastro; pero la combinación de una cierta habilidad con el brillantísimo *curriculum* de Graz, hicieron el resto. De un modo u otro hemos de subrayar que, a los diez años, J.A. Schumpeter había logrado que *toda su nueva familia* estableciera su vida alrededor de quien apuntaba a genio.

La presencia de J.A. Schumpeter en el tan citado *Theresianum* fue acompañada por un despliegue de múltiples curiosidades que le llevaron –ya a los diecisiete años– a “tropezar” con la obra de Karl Marx, después de lecturas profundas de Nietzsche y Strindberg; la formación de un complejo economista, dotado de las herramientas más valiosas para el especialista en Ciencias Sociales, se iba moldeando. En el verano de 1901, Joseph Schumpeter se graduó –con calificaciones excelentes– en el prestigioso *Theresianum*. Llegado el momento de las grandes decisiones, Schumpeter eligió cursar los prestigiosos cursos de la Facultad de Derecho de la Universidad de Viena.

DEL THERESIANUM A LA UNIVERSIDAD DE VIENA

Queda completamente claro en la biografía debida a Robert Loring Allen, que Joseph Schumpeter aprovechó en la medida de sus excepcionales cualidades el caldo de cultivo que, para la clase elevada de la Sociedad austriaca, suponía el ya citado *Theresianum*: allí nuestro hombre adquirió unos fundamentos de corte clásico que conservó a lo largo de su vida. No se olvide que en los célebres cuadernos de Schumpeter, y me refiero a los conservados en la Universidad de Harvard, nuestro hombre *administra* una disciplina singular que se formula, como es sabido: “Ni un día sin griego; ni un día sin matemáticas”. ¿Cuál fue la vida de Schumpeter en la Facultad de Derecho de Viena? Para comenzar señalemos que se trataba de una de las más prestigiosas Universidades de la Europa de comienzos de Siglo. Es cierto que algunas costumbres –asociaciones pseudoreligiosas; grupos cuasi políticos; uniformes; propensión a los célebres duelos– habían desaparecido yo diría que afortunadamente.

La organización de la Universidad de Viena al comenzar el Siglo XX respondía a unos propósitos más amplios, derivados del deseo de ajustar la “producción” de los titulados superiores a la que, como he dicho más arriba, Robert Musil motejaba como Kakania. Schumpeter ingresó en una Universidad que contaba con cerca de 6.000 alumnos, advirtiéndose ya la presencia de mujeres de la alta Sociedad, que se distribuían en cuatro Facultades –Derecho, Medicina, Filosofía y Teología– que ofrecían, sin la menor exageración, unos niveles de enseñanza e investigación similares a los que podían encontrarse en Berlín, París y Cambridge. En realidad, y hasta el estallido de la Primera Guerra Mundial, la Universidad de Viena fue un centro de atracción de estudiantes procedentes de otros países europeos.

Ha de advertirse, también, que la Universidad de Viena constituía el centro de un sistema oficial de Universidades entre las que destacaban Praga, Graz, Innsbruck, Budapest, y la que revestirá un papel destacado en la carrera científica de Schumpeter: la lejana Czernowitz. Sin ánimo de entrar en detalles prolijos, conviene señalar que la organización interna del cuerpo docente reflejaba, tal vez sin quererlo, un estrecho paralelo a la organización militar. Es totalmente lógico, y basta recordar la organización académica existente en España antes de la creación –en 1943– de la Primera Facultad de Ciencias Económicas, que Schumpeter tuviera que profundizar hasta extremos hoy insospechados, en los estudios de Derecho Romano y de Derecho Canónico.

LOS ESTUDIOS DE ECONOMÍA

El hecho que acabo de señalar y que Robert Loring Allen destaca con acierto, no puede dejar en un segundo plano el auténtico móvil de la decisión de Schumpeter al elegir la carrera de Derecho. Y ese móvil, como no podía ser de otro modo, fue el de adentrarse en un mundo desconocido, pero fascinante: el de la Ciencia Económica. En la Europa de comienzos de siglo dominaba la figura de Alfred Marshall, con lo cual venía a prolongarse una hegemonía de los economistas británicos que, para ser justos, había arrancado de David Ricardo y de Thomas Robert Malthus. Sin embargo, en el centro mismo de la producción científica –en el mundo de la Ciencia Económica– Austria se había librado de la servidumbre que para la mayoría de los países europeos había supuesto, como queda dicho, el dominio de la figura de Alfred Marshall.

¿Qué es lo que había sucedido, y precisamente en Austria? Sencillamente, uno de los grandes genios que Austria ha brindado a la Ciencia Económica, y me refiero,

claro está, a Carl Menger, había dado a la publicidad en 1871 sus trascendentales *Grundsätze der Volkswirtschaftlehre*, es decir: sus Principios de Economía, que en un primer plano le sirvieron para adquirir la *Privatdozentur* (es decir: la facultad de enseñar) en la célebre Universidad de Viena; pero, en el mundo duradero de la Historia del Análisis Económico, lo que consiguió –para siempre– Carl Menger– fue sumarse (con total independencia) a la gran revolución de la Teoría del Valor que ha pasado a los Manuales de Historia del Pensamiento Económico como uno de los fundadores de la “Revolución Marginalista”. Con Carl Menger lucharon en primera fila el británico William Stanley Jevons y el francés León Esprit Walras. Es muy posible que este segundo aspecto pasara un tanto desapercibido, pero en todo caso había nacido un maestro y una escuela.

Es totalmente cierto que los “descubrimientos” prácticamente simultáneos de Menger, Jevons y Walras no han alcanzado su auténtico reconocimiento hasta una época que se adentra en el Siglo XX pero, para nuestros propósitos, y también para hacer la justicia debida a la labor realizada por Robert Loring Allen, es preciso destacar la labor llevada a cabo por Carl Menger: casi inmediatamente a la difusión de su gran obra, el primero de los grandes economistas austríacos reunió en su alrededor estudiantes y discípulos, hasta el extremo de que –como señala Allen– prácticamente hasta 1930 lo que ha venido en denominarse “Escuela de Menger” ostentaba sin fricciones de ningún género el dominio de la Universidad de Viena. Tendría que producirse, en 1926, el fallecimiento del gran economista *mengeriano* Friedrich von Wieser, para que con toda propiedad, pudiera hablarse de una cierta “orfandad” de la Escuela de Viena.

Todo cuanto se refiere al “renacimiento” del concepto de “utilidad” que, en puridad, ha de atribuirse a la fase creadora de Carl Menger se encuentra en los múltiples Manuales de Historia del Pensamiento Económico, aun cuando en este caso como en otros similares, no pudo dejarse de mencionarse el texto que sigue mereciendo el *summa cum laude*, es decir la tantas veces citada, *Historia del Análisis Económico*, de J. A. Schumpeter (3ª edición, Barcelona, 1994), y, por tanto, es suficiente, para nuestro empeño, realizar aquí una referencia a la descripción de Robert Loring Allen. Mayor interés posee, y ello es explicable, situar al joven Schumpeter en la Facultad de Derecho de la Universidad de Viena. Es un hecho cierto que no puede considerarse a Schumpeter un discípulo *strictu sensu* de Carl Menger. Más aún: sabemos que el maestro abandonó la enseñanza en 1893, y que por aquel entonces nuestro hombre mantuvo no más de cuatro entrevistas con quien, de todos modos, consideró siempre “uno de los hombres realmente grandes de la Ciencia Económica” (Robert Loring Allen, vol. I., pág. 37). Merece la pena señalar, entonces, que los escasos contactos de Schumpeter con Carl Menger fueron reemplazados, generosamente, por sus diálogos, discusiones y sugerencias que recibió del gran Friedrich von Wieser. Es importante –y es un mérito de la biografía que comentamos– que Schumpeter supo hacer algo más que aprovecharse del manantial de ideas que brotaban de von Wieser: estudió –con un cierto gusto por la economicidad– el aprovechamiento que podía extraer de las grandes figuras que daban vida –y que vida!– a los estudiantes de mayor talento. Por esta razón encontramos a Schumpeter en el Seminario de Historia Económica dirigido por Karl Theodor Inama-Sternegg: fue en ese Seminario donde Schumpeter “tropezó” con el método estadístico, con la realidad medida en números índices. Un Joseph A. Schumpeter con veinte años recién cumplidos tuvo la oportunidad de abordar las primeras y hoy emocionantes publicaciones de estadística económica. Son trabajos que

ha compilado con paciencia benedictina Massimo Augello y que plantean los balbuceos, guiados por un gran maestro, de quien sería un genio en los más diversos campos de la Ciencia Económica.

Si fueron importantes para la formación de J.A. Schumpeter Carl Menger –hasta cierto punto– Friedrich von Wieser, Karls Theodor Inama-Sternegg, y otros, una importancia de mayor relevancia la tuvo su aproximación al que –desvanecida la figura de Carl Menger– había ocupado, por derecho propio, el lugar de “decano” o “guru” de los economistas austríacos. Me estoy refiriendo, claro está, tal como lo hace Robert Loring Allen, al gran economista Eugen von Böhm-Bawerk; Eugen von Böhm-Bawerk, hermano político de Friedrich von Wieser, había destacado rápidamente –gracias a un talento afilado como una navaja cabritero– y, después de trabajos de primer orden, había pasado a desempeñar –gracias a una fuerte presión de Carl Menger– el puesto de mayor relevancia en su país y en su tiempo: la docencia en la Universidad de Viena. Pero, y es bueno recordarlo, Eugen von Böhm-Bawerk fue una víctima más de la tentación del economista que no vacila a la hora de situarse al servicio del Poder: Eugen von Böhm-Bawerk después de una serie de años invertidos en la docencia en la Universidad de Innsbruck regresó al *Alma Mater*, a la Universidad de Viena, donde las reiteradas llamadas del Emperador y de diversos miembros de su Gobierno le apartaron de la enseñanza y la investigación, hasta el extremo de ocupar por tres veces la cartera de Hacienda, sin excluir su absorbente trabajo en la preparación de una profunda reforma fiscal. Ciertamente, cabe decir en su honor, y en el de sus exigentes demandantes, que en 1905 regresó –a tiempo completo– a su Universidad, donde permaneció hasta su fallecimiento en 1914.

La trascendencia de la carrera científica y política de Eugen von Böhm-Bawerk sobre la de J.A. Schumpeter aconseja la consulta del largo ensayo de Schumpeter en su obra *Diez grandes economistas: de Marx a Keynes* (Alianza Editorial, Madrid, 1967, págs. 199 y ss.).

El famoso Seminario regentado por Eugen von Böhm-Bawerk estuvo integrado por futuros banqueros como Félix Somary (amigo durante décadas de J.A. Schumpeter); el extremado liberal Ludwig von Mises; otros componentes atraídos por el brillo de Böhm-Bawerk se mostraron marcadamente inclinados a las versiones denominadas “austríacas” del *marxismo*. Entre ellos, destacan Otto Bauer, Emil Lederer y, desde luego, Rudolf Hilferding. No puede hablarse con rotundidad de los resultados de un Seminario cuyos componentes distaban considerablemente en ideología y posiciones políticas. Pero lo cierto es que Schumpeter obtuvo resultados importantes que le acompañaron durante toda su vida.

Ciertamente, no todo era economía. Y esto supo reconocerlo J.A. Schumpeter muy pronto. Todo el mundo en ebullición; todos los preparativos que encaminaban al Mundo Burgués –digamos la *Belle Époque* de 1913– todo estaba abocado a una crisis de unas dimensiones que no habían sido avistadas hasta la fecha. El mismo Schumpeter que había –incluso con cierta dosis de ingenuidad– avisado a los observadores de que el simple estudio de los Presupuestos Generales del Estado bastaba para intuir las directrices de la política general, veía ahora que los grandes procesos de rearme que exhibían las grandes potencias eran otras tantas manifestaciones de un mundo en crisis.

La proximidad de la Primera Guerra Mundial, que contempló a J.A. Schumpeter entre los acérrimos partidarios de la paz, y sobre todo, de la desvinculación con la política expansionista del Imperio Alemán desembocó –como es bien sabido– en una ca-

tástrofe de dimensiones desconocidas sobre las que, de pronto, fueron las ruinas del Imperio Austro-Húngaro, la denominada en las filas de las Naciones vencedoras como una insoportable “cárcel de naciones”. Schumpeter, de cuyas posiciones tuvo pleno conocimiento el Emperador de los Austro-Húngaros, se vió envuelto en un *maremagnum* que, muy pronto, le llevaron, como nos ha contado con suficientes pormenores Eduard März, a disponer del apoyo de los viejos compañeros del Seminario de Eugen von Böhm-Bawerk, y naturalmente he de recordar a Otto Bauer, Emil Lederer y, el más destacado –a mi juicio–, que fue Rodolf Hilferding, el *marxista* que supo comprender que el mundo económico descrito en *Das Kapital* no era el más apropiado para comprender el mundo cada vez más complejo –que había hecho eclosión poco antes del estallido de la Primera Guerra Mundial. No olvidemos aquí que el gran libro de Rudolf Hilferding, *El Capital Financiero*, terminaría por llevar a su autor a las mazmorras de la Gestapo, determinando –por las consabidas torturas– su fallecimiento en Marsella el año 1940.

En ese mundo, dominado, repito, por los avispados *marxistas* “austriacos”, Schumpeter fue elevado –por pocos meses– a la máxima responsabilidad que suponía el desempeño de la cartera de Hacienda en la nueva República de Austria. No es preciso detenernos en un episodio que Eduard März nos ha explicado con detalle suficiente. Sigamos con la carrera de Schumpeter, puesto que continua ofreciendo múltiples revelaciones.

Durante la breve estancia de Schumpeter en Egipto, tuvo el tiempo suficiente para escribir el primero de sus grandes libros *Das Wesen und der Hauptinhalt der theoretischen Nationalökonomie* (Duncker & Humblot, 1908, Kairo, 1908). Esta primera gran obra de aporte metodológico de Schumpeter ha sido una de las más difíciles de consulta para los estudios de la obra completa del gran economista austriaco. Existió, en 1936, una versión japonesa titulada *Riron Keizaigaku no Honshitsu to Shuyonaiyo*. No es difícil comprender que la existencia de esa versión japonesa, que fue objeto de dos ediciones adicionales, planteara enormes dificultades en el mundo erudito occidental. Por esta razón, se recibió con gran satisfacción la versión italiana titulada *L'essenza e i principio dell'economia teorica*, que en el año 1982, con una penetrante introducción de G. Calzoni, fue editada por Bari, Laterza, alcanzando más de quinientas páginas de un denso planteamiento metodológico realmente sorprendente por parte de quien se encontraba, como gustaba de decir, en la “sagrada década de fertilidad”.

No es habitual que un economista, alcanzada la edad del Schumpeter residente en Egipto, encontrara la oportunidad única de profundizar en la metodología de la Ciencia Económica para constituirse en unos de los adelantados de la Escuela Austriaca. He dicho más arriba que el conocimiento de esa primera gran obra de Schumpeter se vio obstaculizado por la escasa difusión de la primera versión alemana. No es difícil comprender que las sucesivas versiones japonesas tampoco facilitarían el conocimiento de un libro que –ahora es el momento de recordar a uno de los más destacados *schumpeterianos* españoles, y me refiero a José Antonio Piera Labra– se viera frente a un obstáculo insuperable.

Un análisis de la primera gran obra de J.A. Schumpeter no ha sido hecho con plena profundidad, a pesar de que ya en los años que siguieron a su publicación los comentarios de los principales expertos –de este y del otro lado del Atlántico– pusieron de relieve el atrevimiento, la osadía si se quiere, que suponía elaborar un cuadro teórico en el cual el ya viejo equilibrio general de trazas *walrasianas* se viera fundido, literalmente fundido, con los postulados que, pocos años después, nos llevarían al re-

conocimiento de la presencia de un agente económico dinámico como era el “empresario innovador”. El libro, cuyas vicisitudes se han explicado más arriba, sirvió sin embargo para acelerar el progreso académico de J.A. Schumpeter en el mundo académico del Imperio Austro-Húngaro. No dejó de jugar su papel de protector el viejo maestro vienés Eugen von Böhm-Bawerk. Schumpeter no consiguió entonces, el triunfo, ni lo lograría años más tarde de regresar, a la que, sin duda, era su *Alma Mater*: la prestigiosa Universidad de Viena. La carrera universitaria de Schumpeter, después de esa estancia en Egipto, sobre la cual se han difundido las más raras leyendas, tuvo que acomodarse a las posibilidades que le ofrecía la autoridad académica de Viena: J.A. Schumpeter se vió, ya en 1909, confinado –valga el término– a desempeñar su primera Cátedra de Economía en la lejana Universidad de Czernowitz, en los confines del Imperio, en la entonces apartada Bukowina.

Y sobre esta estancia de Schumpeter en Czernowitz es preciso hablar con cierto detenimiento, siguiendo ahora con detalle el relato que nos ofrece Robert Loring Allen. El período 1909-1911 es capital para el desarrollo intelectual de J.A. Schumpeter.

Sin que Robert Loring Allen refleje la mayor parte de las anécdotas (es de suponer que muchas de ellas alejadas de la realidad) que esmaltaron la estancia de J.A. Schumpeter en la Universidad de Czernowitz (un destino que nuestro hombre aceptó como un sucedáneo del destierro para quien –como él– seguía soñando en la Universidad de Viena), también han de aceptarse algunas de las actuaciones más conocidas del recién llegado. Así se ha comentado, una y mil veces cómo en la primera de las Juntas de Facultad no sólo el Catedrático más joven llegaba cuando ya el Decano había mostrado su irritación, sino que cuando lo hizo lo realizó con la vestimenta compleja del jinete que siempre fue y quiso ser. Sus tareas académicas en Czernowitz se prolongaron, como se ha dicho más arriba, dos cursos académicos completos. Schumpeter explicó no sólo Economía Política, sino también Principios de Hacienda, y a la vez algunas materias optativas como Historia de las Ciencias Sociales y del Pensamiento Económico, sin excluir materias tales como la Teoría de las Clases Sociales.

Ha llegado el momento, y este es uno de los principales méritos de la biografía que comentamos, de señalar que el desarrollo intelectual de Schumpeter, el despliegue de los que dió en denominar la “década de la sagrada fertilidad”, se fue manifestando de suerte que el estudio detenido de su producción científica, desde los casi lejanos tiempos de El Cairo hasta la fase final que en 1932 tuvo lugar en la Universidad de Bonn, responden a una trayectoria unívoca, en la cual la incansable curiosidad; la proyección de su talento sobre los grandes problemas de la Ciencia y de su Tiempo, no dejan lugar para espacios vacíos.

No todas las historias, como he dicho más arriba, corresponden al reino de lo verosímil. Allen ha recogido algunas de las múltiples narraciones de Schumpeter que, lo que no me parece casual, tuvieron lugar durante sus largos años de estancia en Harvard. Son sus discípulos de esta época (1932-1950) los que rememoran veladas casi fantásticas, en las cuales el ya viejo maestro contaba con indudable propensión al adorno oriental –lo que podía caber dentro de la literatura de las *Noches de Arabia*. Para una interpretación de las que pueden denominarse “aventuras de Czernowitz” merece la pena tener en cuenta la narración que recoge Allen (página 97) en la que se da por bueno que en el transcurso de un paseo por tierras de un latifundista de la

Bukowina, el propietario –que después “invitó” a Schumpeter– llegó a practicar lo que muchos años después Piskorski describiera entre los “males usos”.

Schumpeter hizo en Czernowitz algo más que desarrollar sus facultades extraordinarias como jinete o las amatorias que han sido descritas en Europa y en sus años americanos. Su atención hacia las revistas de Economía de mayor prestigio no sufrió pausas significativas. Valgan como ejemplo sus artículos dentro de los que destaca el obituario a León Walras, en 1910; en ese obituario que hoy puede leerse en el libro “Diez Grandes Economistas desde Marx hasta Keynes” obliga, aun cuando la anécdota no haya sido recogida por Allen, a recordar que en la única entrevista entre Walras y Schumpeter, cuando éste había hecho entrar al viejo marginalista de *Das Wesen*, no dejó de insistir a Schumpeter... para que saludara efusivamente a su padre.

Todos los comentaristas de la estancia de Schumpeter en Czernowitz coinciden en la idea de que nuestro hombre no vaciló en recurrir a su antiguo maestro y protector Eugen von Böhm-Bawerk para dejar su, digamos, confinamiento en la lejana Bukowina, para acercarse –paso a paso– hacia la soñada Viena. Son innumerables los episodios que reflejan sus anhelos y deseos: la realidad fue, sin duda, contraria a sus deseos. Sin embargo, la prolongación de su estancia en Czernowitz le dió la extraordinaria oportunidad consistente en dar a la luz pública uno de los libros más importantes del Siglo XX. Me refiero, y así lo hace Robert Loring Allen, a la publicación, en 1911, de la *Theorie der wirtschaftlichen Entwicklung*, una obra que tardaría muchas décadas hasta que, gracias a la traducción de Redvers Opie, pasara a engrosar la literatura anglosajona. El libro no sólo es el segundo gran libro debido a J.A. Schumpeter, sino que introduce elementos sustanciales de su pensamiento; rompe, por así decirlo, el panorama del equilibrio general, y nos proporciona una “investigación sobre el empresario, el capital, el crédito, los intereses y el ciclo de la coyuntura”.

No debe aceptarse como definitiva –ni mucho menos– la primera versión de la *Theorie der wirtschaftlichen Entwicklung* puesto que tanto las reseñas críticas a las que hace mención adecuada el libro benemérito de Massimo M. Augello, [Joseph Alois Schumpeter. A reference Guide (Springer. Verlag. 1990)] como las registradas en otros comentarios, llevaron a Schumpeter a una revisión, cada vez más profunda, del libro surgido de sus últimos tiempos en Czernowitz.

La realidad no puede ser disimulada: la *Theorie der wirtschaftlichen Entwicklung* estaba llamada a ser, como se ha dicho más arriba, uno de los grandes libros de los comienzos del Siglo XX. En un resumen breve, desesperadamente breve –como acostumbraba a decir Schumpeter– el libro planteaba una situación radicalmente nueva en lo que respecta a la descripción, y comprensión, del equilibrio general, por más que –como se ha dicho– fuera Walras uno de los pilares de la concepción *schumpeteriana* de la economía de mercado. Tal vez la cuestión resultase –por lo menos en esta reseña– más clara si se tiene en cuenta que para Schumpeter, en el trasfondo dinámico de la evolución económica, surge un nuevo agente –un agente dejado en un lugar subordinado– económico que era, ni más ni menos, que el “empresario”, y no cualquier empresario, sino el “empresario innovador”, el nuevo y dinámico agente que resulta ser la fuerza insustituible que altera la marcha, si se quiere lenta, del equilibrio económico, para introducir una nueva e inédita marcha: la de la fuerza dinámica del nuevo agente económico: el empresario innovador, capaz de “romper las preexistentes funciones de producción”. Schumpeter, sobre todo en la primera edición de su gran libro, hizo lo posible para distinguir las diversas y a veces contradictorias manifestaciones de la actividad de ese nuevo agente económico.

No es este el momento de emitir una calificación definitiva con respecto a la primera gran obra de J.A. Schumpeter. Baste decir que las opiniones emitidas en su tiempo fueron favorables y que no dejaron de estimular al hombre que seguía considerando su estancia en Czernowitz como una especie de destierro.

Finalmente, Schumpeter pudo dejar a un lado los largos meses transcurridos en Czernowitz: la influencia siempre positiva de Eugen von Böhm-Bawerk le facilitó –no sin dificultades que llegaron hasta los mismos alumnos– el acceso a la Universidad de Graz. Pero, en ese periodo, tan próximo al estallido de la Primera Guerra Mundial, lo que alteró casi radicalmente la evolución académica de Schumpeter vino dado por su estancia en Estados Unidos: contra lo que pueda creerse, economistas norteamericanos como Irving Fisher, Frank Taussing y Welsley C. Mitchell, pasaron a formar parte de la panoplia de Schumpeter, de un autor que recibía –al otro lado del Atlántico– un reconocimiento que le era negado en la vieja Europa. Para los más destacados economistas norteamericanos, Schumpeter pasaba a ser “el brillante joven austriaco”.

Pero los años siguientes a la estancia de Schumpeter en Estados Unidos, se vieron rotundamente alterados por el tantas veces citado estallido de la Primera Guerra Mundial. En la vida privada de Schumpeter, estos primeros años de la Guerra Mundial vinieron seguidos por el divorcio de su primera esposa, la británica Gladys Seaver. Se trata de un episodio que narra Robert Loring Allen pero que conserva un secreto que se desveló años después: precisamente cuando Schumpeter, en la tercera década de su vida resolvió reanudar su vida mediante la unión con la segunda de sus esposas: la que, precisamente, y es de suponer que con la aprobación de su madre Johanna, le aportó la mayor dosis de felicidad y esperanza que se manifestaron a lo largo de su vida; una vida repleta de dolor y resignación.

En los años subsiguientes, ya en Europa, Schumpeter se adentró en un campo que no abandonaría a lo largo de su vida, comprendiendo sin la menor duda la estela que dejó, después de su fallecimiento el 8 de Enero de 1950, en manos de su tercera esposa Elizabeth Boody Schumpeter, y que, después de trabajos interminables dio paso a la publicación, en 1954, de la tantas veces citada *History of Economic Analysis*. El origen de la obra que sería la “despedida” de Schumpeter se encuentra en su relativamente breve libro *Epochen der Dogmen und Methodengeschichte*, que, ya en 1914, figuró como una parte sustancial de la monumental Enciclopedia dirigida por Max Weber (1864-1920). El libro de Schumpeter, esa primera aproximación a la historia de las doctrinas económicas, constituye en un análisis riguroso la aproximación también estricta a la evolución del pensamiento económico. No pueden en nuestra actual evaluación otras evaluaciones que las que se desprenden de la lectura, y estudios, de un libro que encierra *in nuce* la almendra de lo que muchos años después vendría a ser la exposición de algo tan difícil de aprehender como lo es la Historia del Análisis Económico.

Tal vez lo que demanda la biografía de Robert Loring Allen sea la de seguir, con fidelidad, la trayectoria vital de J.A. Schumpeter en esos años difíciles que vinieron a llenar –contra la voluntad expresa del gran austriaco– esas peripecias, cada vez más penosas, del Viejo Imperio Austro-Húngaro. No pueden destacarse otras aportaciones de J.A. Schumpeter cuando la realidad nos indica que el derrumbe del Viejo Imperio fue, también, un balance negativo del antiguo alumno del *Teresianum*.

LA BREVE ESTANCIA DE SCHUMPETER EN EL MINISTERIO DE HACIENDA

Tal como he indicado más arriba, Joseph Alois Schumpeter, apoyado y si se quiere empujado por sus colegas del Seminario de Eugen von Böhm-Bawerk, se vio compelido —y hasta ésta puede ser la mejor definición del caso— a desempeñar, en circunstancias insuperables, la cartera de Hacienda en la joven e inexperta República de Austria. Las vicisitudes por las que tuvo que atravesar Schumpeter han sido relatadas, con la debida prolijidad, por Eduard März. Nada podemos añadir aquí y ahora. Se trata de una experiencia malograda; de una experiencia negativa en la que un gran economista tuvo que comprobar —como lo diría muchos años después refiriéndose a John Maynard Keynes— la entidad de los obstáculos que se levantan frente al economista que se lanza hacia lo que le plantean las circunstancias de la que se ha denominado, tal vez con excesiva prodigalidad, *Realpolitik*. Por esta razón no entraremos aquí en un relato que es francamente obvio: el de la peripecia de Schumpeter en el Ministerio de Hacienda de la República de Austria.

Son las referencias contenidas no sólo en la biografía de Eduard März sino también en las de Richard Swedberg y, sobre todo, en la casi definitiva (no me duelen prendas) narración debida a Wolfgang F. Stolper, en su magnífico libro titulado “Joseph Alois Schumpeter. The Public Life of a Private Man” que han ofrecido un relato detenido, y sin duda crítico, de esa peripecia que, sin duda, muestra hasta qué punto un hombre como Joseph Alois Schumpeter llegó a sumergirse en un pozo sin fondo; por lo menos para él.

EL BANQUERO FRUSTRADO

Si la experiencia de Joseph Alois Schumpeter como Ministro de Hacienda de la República de Austria terminó con un notorio fracaso, tampoco sus actividades ulteriores arrojan un balance más satisfactorio. Llegados a este punto, y teniendo en cuenta las cualidades de un hombre, ampliamente exhibidas en Viena, en Czernowitz, en Graz, y también en los recovecos del nuevo Gobierno presididos por el Canciller Renner, no podemos dejar de mostrar una extrañeza que no es nueva: ¿cómo Schumpeter pudo acumular, en un espacio corto de tiempo, un semejante cúmulo de fracasos? La verdad no puede ser escondida. Schumpeter fracasó en su tentativa de ordenación —o mejor dicho resurrección de las finanzas austríacas —pero aquí no terminan sus fracasos. Y la cuestión se encierra en su gestión —terminada en un nuevo fracaso— al frente de uno de los Bancos privados de mayor prosapia de Austria, concretamente el Biedermann Bank. Para Schumpeter, recién abandonado el Ministerio de Hacienda, la presidencia del que se había convertido en el principal banco de inversiones privadas de Viena. Schumpeter poseía, en aquel entonces, una concesión para la explotación de la actividad del banco; no constituye la menor sorpresa el hecho de que los principales accionistas del Biedermann Bank hicieran lo posible para hacerse con los servicios de Joseph Alois Schumpeter.

Sobre la gestión de Schumpeter, hasta su renuncia el mes de septiembre de 1924, sigue siendo de información preferente la que suministra concretamente Robert Loring Allen. Es un hecho que Schumpeter creyó, desde un principio, que había encontrado el rumbo cierto para conseguir una gran fortuna personal.

La gestión de J.A. Schumpeter al frente del venerable Biedermann Bank no puede justificarse en términos entusiastas. El pequeño pero prestigioso banco de in-

versiones, radicado en Viena, sufrió, en reservas, los efectos de la gran crisis que sacudió al sistema bancario de la nueva Austria. Para aquel entonces, Schumpeter había cometido uno de los principales errores que registra su biografía: me refiero a su renuncia a la Cátedra de la Universidad de Graz; el cálculo primario entre los ingresos derivados de la presidencia del Banco Biedermann y los que le proporcionaba la Cátedra de Graz le llevó, como queda dicho, a elegir su apuesta en favor de un Banco que le llevara “a conseguir una gran fortuna personal”. Son muchas las razones –y algunas las enuncia Robert Loring Allen– que aconsejaron a nuestro hombre adentrarse en un territorio donde hallaría tantas dificultades como las que le había proporcionado, unos años atrás, la que pudiéramos denominar su “aventura política”. No cabe aquí un análisis detenido de las actividades de Schumpeter al frente del Biedermann Bank aun cuando son dignas de mención las referencias contenidas en la biografía debida a Robert Lorin Allen (páginas 186 y ss.). Como sucedería en otras ocasiones posteriores, los patrones de consumo del habitual J.A. Schumpeter determinaron la asunción de riesgos de orden extraordinario. Es totalmente cierto que una vez iniciadas las grandes dificultades por las que atravesó el Biedermann Bank fue más que obvio que el gran economista era, así, sin excepción, un adorno del Banco, un nombre y un apellido que aportaba sustancialmente un *curriculum* de primera calidad.

Pero, una vez puesta en marcha la gran crisis bancaria –comienzos de 1924– el banco nominalmente administrado por Schumpeter entró en la vorágine que ha sido descrita por un buen número de autores, indicando que en el mes de Septiembre de 1924 Schumpeter presentó su dimisión al Consejo del Biedermann Bank aun cuando esto no supuso, en modo alguno, que no subsistieran –encima de la delicada moral de Schumpeter– un volumen de deudas de las que se sintió responsable y que no llegó a conseguir una plena satisfacción hasta muchos años después, cuando no dejó de invertir las ganancias de conferencias y libros con vistas a satisfacer las pretensiones acreedoras de un buen número de austriacos que habían confiado en el Biedermann Bank.

En la vida privada, y eso lo cuenta con gran precisión Robert Loring Allen, irrumpe el que fue el gran amor de Schumpeter; un gran amor que en el año 1926 –precisamente el año del fallecimiento de su madre Johanna– se vería brutalmente interrumpido por la muerte de sobrepardo de su reciente esposa –Anne Reisinger– y del que sin duda alguna habría sido el vástago de J.A. Schumpeter. Todo nos lleva a la conclusión de que la década de los veinte fue, para Schumpeter, cualquier cosa menos una versión austriaca de los “felices veinte”. Anne Reisinger –seguramente bajo la influencia poderosa de la madre de Schumpeter– pasó una larga temporada en París, donde, según interpretaciones contradictorias, recibió una formación adecuada para formalizar sus relaciones con J. A. Schumpeter en el ambiente solemne de la vieja Corte austriaca.

La verdad escueta reside en el hecho de que, con todos los matices que se quiera, Schumpeter se entregó, cara a todas sus amistades de Viena, a la presentación casi soberbia de su nuevo amor: Anne Reisinger.

Tal vez, y aun cuando en la perspectiva actual la cuestión resulte menor, lo cierto es que ante el anuncio de la boda de Joseph A. Schumpeter con Anne Reisinger, los representantes legales de la primera esposa, Gladys Seaver, hicieron presente que, no habiendo existido sentencia de divorcio, la boda anunciada daría paso a una situación indudable de bigamia. Por lo que sabemos, y Robert Loring Allen da buena cuenta de ello, Schumpeter tuvo que recurrir al procedimiento casi leguleyo según el cual tanto él como Anne Reisinger se presentaron como luteranos. En el campo de las acti-

vidades científicas de J.A. Schumpeter es cierto que estas toman cuerpo después de la ceremonia de la boda Schumpeter-Reisinger el 5 de Noviembre de 1925.

BONN Y LA TRAGEDIA

Schumpeter tuvo que atravesar por una serie de dificultades antes de conseguir un puesto estable en la Universidad de Bonn. Se cruzaron las ofertas de las Universidades de Tokyo y de Berlín. Finalmente, fue Bonn la Universidad que tuvo el privilegio de disfrutar de las enseñanzas y el magisterio de Schumpeter. Sus primeros cursos supusieron, y es conveniente subrayarlo, una evolución de los grandes economistas que habían sido, más o menos, sepultados por la sesgada aproximación del historicismo más radical. Schumpeter lanzó a sus nuevos discípulos de Bonn los nombres de León Walras, Alfred Marsahll, Vilfredo Pareto, Francis Edgeworth, John Bates Clark, Irving Fisher y otros. Este tipo de enseñanza suponía una ruptura prácticamente total con la que había imperado en Alemania bajo la hegemonía de la Joven Escuela Histórica (fundamentalmente, la de Gustav von Schmoller).

EL DERRUMBE Y LA PRETENDIDA RECUPERACIÓN

Tal como Joseph A. Schumpeter pronosticó en los primeros y trágicos años de la Guerra Mundial, la vieja Austria, núcleo del obsoleto Imperio Austro-Húngaro, se encontró sola y sin alianzas sustanciales para hacer frente a unas demandas ciertamente exorbitantes y con un despliegue de recursos también escasos. En ese mundo tan desequilibrado, un hombre como Joseph Alois Schumpeter se vió envuelto en una tarea realmente imposible. En su favor –un hombre sin partido político que le apoyara– actuarán tan sólo los viejos colegas de los Seminarios de la Universidad de Viena, los célebres Seminarios organizados y alentados por Eugen von Böhm-Bawerk; ya se ha dicho más arriba, y de ello da buena cuenta Robert Loring Allen, que entre aquellos antiguos colegas, la mayor parte constituyeron el grupo denominado de los “*marxistas austriacos*”, y entre ellos iba a destacar Otto Bauer, así como Emil Lederer, y, sobre todo, Rudol Hilferding. Todos, con grados de entusiasmo distintos, apoyaron la candidatura de Joseph Alois Schumpeter para el puesto –lleno de dificultades– de Canciller, es decir: Ministro de Hacienda de la recién estrenada República de Austria. No fueron muchos los meses en los que Schumpeter desempeñó un cargo para el que evidentemente, no estaba preparado. No es necesario detenerse aquí en los detalles que nos aporta Robert Loring Allen, porque hace muy pocas páginas hemos podido recoger el testimonio ciertamente importante que nos ha transmitido Eduard März en la biografía que, siendo la primera de las cuatro que aquí comentamos, también ha reflejado ese episodio, ciertamente penoso, de un Schumpeter que quiso y no pudo.

El Joseph A. Schumpeter que comenzó su nueva etapa como profesor en la Universidad de Bonn había abandonado la mayor parte de sus excentricidades tan glosadas de sus años de Czernowitz. El Schumpeter altanero –como subraya Robert Loring Allen– dio paso a un profesor cercano a sus alumnos; próximo a sus inquietudes y anhelos. La pareja de recién casados, Anne y Joseph, fueron tal vez los más populares de Bonn. Fueron, sin duda, años felices, pese a que el hachazo inclemente del destino se preparaba para caer, inmisericorde, sobre la reciente conquistada felicidad. Al margen de unos cuantos artículos científicos, uno de los cuales se consagraba a resaltar las grandes cualidades de Edgeworth –*versus* no lo olvidemos Alfred Marshall–,

Schumpeter trabajó en estrecha colaboración con Arthur Spiethoff y aún más con Gustav Stolper. Buena parte de su tiempo (descontadas las frecuentes reuniones sociales que organizó) las dedicó a una revisión profunda de su obra hasta entonces fundamental, *Die Theorie der wirtschaftlichen Entwicklung*, que hizo, en realidad, de la edición de 1926, una nueva obra.

Esta nueva edición —la de 1926— originó una notoria corriente de atención de la que es un buen ejemplo el conocido artículo de Oskar Morgenstern en *American Economic Review*. Poco después de lanzar esta importante revisión de la *Teoría del Desarrollo* llegó la hora de escribir, ni más ni menos, que sobre Gustav von Schmoller y los nexos existentes entre sus doctrinas y los problemas actuales. Junto a estos artículos de mayor fuste, han de consignarse otros que caen, lógicamente, dentro de una clasificación más amplia que abarca cuestiones candentes sobre la política económica alemana de la década de los veinte. Sobre esta actividad, hasta cierto punto suficiente para *standards* normales, planeó sobre Schumpeter la sombra y la presencia de las grandes deudas que había contraído con respecto a su frustrada aventura financiera en el Biedermann Bank: la liquidación del viejo establecimiento bancario entre 1926 y 1927 arrojó sobre su perspectiva vital una increíble amenaza que lo fue en virtud de la fortísima conciencia ética de Schumpeter; pasarían años, bastantes años, tras lo que, después de haber pagado, marco tras marco y dólar tras dólar, las deudas que su conciencia le consignaba, aun cuando legalmente las cosas fueran de otra suerte, que le permitieron respirar financieramente hablando.

Sin embargo, con toda la amargura que puede desprenderse de lo que se dice más arriba, lo peor estaba por llegar. El año fatal fue el de 1926. En este año, precisamente el de la edición— la segunda— de la *Teoría del Desarrollo*, los hados adversos se precipitaron sobre una conciencia tan sensible como había sido —apariencia aparte— la de Joseph A. Schumpeter. En efecto: habida cuenta de las intensas, y yo diría que decisivas relaciones entre Joseph y su madre Johanna, la muerte de la viuda del Teniente General von Keler le afectó en proporciones insospechadas. Pero, dada la prolongación e intensificación de los quebrantos que se cernían sobre el Schumpeter triunfante y exhuberante de la Universidad de Bonn fue, precisamente, las esperanzas depositadas en el curso vital de su segunda esposa Anne Reisinger las que se vieron brutalmente segadas: en un parto prolongado y de consecuencias trágicas, Schumpeter perdió a su joven esposa y a su hijo.

Los años que siguieron a la gran tragedia que absorbió las cruciales seis semanas de 1926 se reflejaron en una concentración depresiva del temperamento de Schumpeter. Son los años en los que —incluso con ribetes de desviación psicológica— construyó una especie de religión doméstica basada en el culto a *Die Hasen*, es decir: una especie de liebres designadas en un tono infinitamente cariñoso (la expresión alude a alguien que es amado apasionada e inmoderadamente, como señala Robert Loring Allen). Y esta expresión sobre las *Hasen* la veremos repetida, año tras año, en los diarios y anotaciones de Schumpeter, incluso en sus años finales en la Universidad de Harvard. Un ejemplo gráfico, en este sentido, lo ofrece la copia y recopia de los Diarios de Anne Reisinger. Para Schumpeter, el ancla con este mundo fue sustituido por su recuerdo, casi obsesivo, de su madre y de su joven esposa.

En estos años, tan densos y trágicos, que siguen a 1926, surgen las primeras y serias insinuaciones para abandonar la Universidad de Bonn y aceptar una gran oferta en una de las principales Universidades de Estados Unidos. Semejante oferta —para abreviar— le llevaría a la centenaria Universidad de Harvard. Su primer contacto no

pudo ser más agradable: el Decano de Economía de la Universidad de Harvard era, entonces, Frank William Taussig. Años después, Joseph Alois Schumpeter, tal vez para honrar a su anfitrión, le incluyó en su ameno libro *Diez grandes Economistas: de Marx a Keynes*, Alianza Editorial (pág. 271 y ss.). A pesar de los efectos indudables que produjo en Schumpeter este viaje y estancia en la Universidad de Harvard no pueden desdeñarse otras peripecias que precedieron a su abandono final de Europa.

El vacío sentimental que en Schumpeter habían producido las tragedias de 1926 tuvo una cierta compensación con su amistad permanente con la joven Mia, que había sido de tanta ayuda en la indudable depresión que Schumpeter había sufrido en 1927. En estos años –tan próximos a su abandono de Bonn– Schumpeter intensificó sus relaciones con uno de los más grandes economistas de su tiempo: el noruego Ragnar Frisch. Con él, y después de peripecias que hoy son del dominio público de cualquier estudioso, Schumpeter aportó toda su autoridad para la creación de la *Econometric Society*. Y todavía hoy merece la pena recomendar la lectura y reflexión del artículo de Schumpeter *The Common Sense of Econometrics*. En esa etapa, sin duda crucial para la evolución misma –desde el ángulo científico– de Schumpeter ha de consignarse el prolongado viaje al Japón, donde mediante una serie de conferencias y contactos científicos (que se recuerdan hoy en día) estableció un lugar predominante que no le ha disputado otro economista occidental. No es una casualidad que Elizabeth Boody Schumpeter, insatisfecha con el tratamiento que la Universidad de Harvard pensaba dar a los libros de su esposo, resolviera que un conjunto no inferior a 3.500 libros pasaran, como legado, a la Universidad de Hitotsubashi. Al regresar de su estancia en el Japón, Schumpeter no tuvo otra posibilidad que la de decidir –con carácter definitivo– sobre su futuro. Existió, sin duda, y de ello da buena cuenta la tan comentada biografía de Robert Loring Allen, una tentativa serie para conseguir una plaza firme en la Universidad de Berlín. Lo cierto es que las hostilidades que, aquí y ahora, despertaba Schumpeter le cerraron la puerta de la Universidad de Berlín. Paso a paso la resistencia a acoger el primer teórico del continente le llevaron a cruzar el Atlántico: hacia Harvard.

EL RETIRO FINAL EN LOS ESTADOS UNIDOS

Después de las dudas, que fueron especialmente agudas en torno a la posibilidad de ingresar en la Universidad de Berlín, Schumpeter aceptó la oferta de la centenaria Universidad de Harvard. Se instaló allí, con escasos intervalos derivados de ocasionales viajes a Europa donde –singularmente en Francia– dio rienda suelta a su gran afición por las Catedrales del Viejo Continente. ¿Qué se puede decir de la estancia de Schumpeter en Harvard, una estancia que se prolongaría hasta su muerte el 8 de Enero de 1950? Robert Loring Allen, que ha realizado una excelente labor a la hora de recoger testimonios relevantes, nos retrata a un Joseph Alois Schumpeter que, también en Estados Unidos, exhibe una facilidad para establecer relaciones permanentes y afectuosas con sus estudiantes y doctorandos que no mostró –en proporciones comparables– en lo que se refiere a su trato con los colegas de su generación.

Es igualmente cierto que su prestigio fue siempre *in crescendo*, singularmente desde que Redvers Opie emprendiera y finalizara la tarea de traducir la obra magna *Die Theorie der wirtschaftlichen Entwicklung* que se publicó en el curso académico 1934-1935 bajo el título *The Theory of Economic Development*. Sin duda, la traducción provocó un nuevo interés con respecto a la obra seminal del Schumpeter en su

“década de la sagrada fertilidad”. Ha de advertirse que Schumpeter no se limitó a contemplar cómo avanzaba la tarea del traductor sino que, aun reconociendo el carácter excepcional que había alcanzado la segunda edición alemana, publicada como sabemos en 1926 (el año trágico), intervino sin tregua hasta el extremo de que más de un autor –entre ellos Robert Loring Allen– se han referido a la versión de Redvers Opie como la cuarta edición de la primitiva *Die Theorie*.

Un episodio que en modo alguno puede pasarse por alto se refiere a la incursión –la única conocida– de Schumpeter en el campo de la novela. Sin que las numerosas tentativas llegaran a una fase que permita hablar de un producto semielaborado, lo cierto es que los fragmentos que encierran mayor continuidad se comprenden en un manuscrito que lleva por título *Ships in the Fog* (Barcos en la Niebla). Por lo publicado hasta la fecha, la trama argumental contemplada por Schumpeter refleja, sin duda, una exposición un tanto amarga de su autobiografía.

Más adelante, Robert Lorin Allen nos cuenta la tendencia casi irresistible de Schumpeter para aprovechar sus vacaciones académicas viajando al Viejo Continente, aun cuando en los viajes sucesivos observara con alarma los signos premonitorios de la Segunda Guerra Mundial. Llegó muy pronto a la conclusión de que Europa se estaba convirtiendo en un lugar poco confortable para vivir, y al mismo tiempo, en una de sus típicas reacciones, puso fin a las esperanzas de su amante europea (para los periodos de vacaciones en Harvard) llamada Mia.

En los meses lectivos de Harvard, donde la presencia de Schumpeter se hacía cada más patente, surgió la última y trascendental oportunidad para que el genial austriaco curara sus depresiones y sin abandonar su culto permanente a sus *Die Hasen*, encontrará comprensión, afecto y, sin duda, una correspondencia cada vez más franca a su devoción por las mujeres inteligentes y, de ser posible, compañeras en las tareas de investigación. Semejante perla, tal como cuenta Robert Loring Allen, fue la recién divorciada Elizabeth Boody Firuski, quien, según cuentan los testigos de aquellos tiempos fue la primera en tomar la decisión de que su siguiente y último esposo sería el prestigioso Joseph Alois Schumpeter.

En estos meses iniciales del año 1936 –de tanta significación para los españoles– la Universidad de Harvard, y sobre todo en las filas de los estudiantes de los últimos cursos y de los asistentes, titulares en agraz, se vieron sacudidos por un fenómeno que ha sido contado por muchos autores, aun cuando aquí quisiera referirme al gran biógrafo de Lord Keynes, Sir Robert Skidelsky, en el segundo volumen de su magna obra, que lleva por título *John Maynard Keynes. The Economist as Saviour. 1920-1937* (MacMillan, Londres, 1992). Efectivamente la simple noticia de la inminencia de la publicación de la *General Theory* motivó reacciones que hoy nos parecen simplemente fuera de lugar. La realidad nos lleva a comprender una parte –nada subordinada– de lo que, años después, se llamaría la “revolución *keynesiana*”. Existía un enorme problema económico en los países más avanzados que veían desplomarse, una tras otra, sus economías, después del *crack* bursátil de Octubre de 1929. Las medidas tradicionales no mostraban eficacia positiva. Y he ahí que John Maynard Keynes, un muy destacado economista británico, ofrecía un cuadro analítico sugerente, y un cuadro de medidas que tenían el “pleno empleo” como objetivo fundamental. No puede decirse que la recepción de las ideas de John Maynard Keynes fuera uniforme en Estados Unidos, donde la cuestión se confundía, muchas veces, con la aceptación o el rechazo del famoso *New Deal* propiciado por el casi sempiterno Presidente F. D. Roosevelt.

En 1936 la prolongada relación con Elizabeth Boody desembocó, después de frecuentes visitas a la finca de Taconic, en Massachussetts, en el tercero y último casamiento de Schumpeter. Por todos los indicios y testimonios de la época, y que se remontan hasta la muerte de Schumpeter en Enero de 1950, la elección no pudo ser más afortunada.

También en Harvard Schumpeter continuó su costumbre exhibida en Universidades anteriores en las que había prestado sus servicios, y que consistía en explicar *todos los temas* de Teoría Económica, en el sentido más amplio, sin hacer la menor referencia a sus publicaciones sobre las materias objeto de explicación. Ni siquiera colaboradores tan cercanos como lo fue Fritz Machlup o Paul Sweezy consiguieron que incluyera en sus exposiciones la alusión siquiera condicionada a sus aportaciones a las diversas materias. En los años inmediatamente subsiguientes, Schumpeter consagró sus horas libres a la preparación de lo que en 1939 fueron los dos gruesos volúmenes editados por McGraw-Hill, New York y Londres, bajo el título *Business cycles*, que lleva por elocuente subtítulo el de *A Theoretical, Historical, and Statistical Analysis of the Capitalist Process*. La voluminosa obra aparecida cuando unos dos años antes (concretamente el 17 de Agosto de 1937) Elizabeth Boody y Joseph Alois habían contraído matrimonio en New York.

Para Robert Loring Allen, *Business cycles* supone, ni mas ni menos, que una "ampliación de la visión original de Schumpeter". No es fácil resumir, ni siquiera someramente, el contenido, y todavía menos la ambición que subyace en *Business cycles*. Subsiste la idea fundamental del gran libro de 1911; pero ahora, las actuaciones han de encuadrarse en el mundo más rígido de la información estadística, y ello especialmente porque la regularidad que Schumpeter cree discernir en la evolución del capitalismo discurre dentro de los cauces que marcan los ciclos Kitchin, Juglar y Kondratieff. La exhibición de conocimientos teóricos, históricos y estadísticos que Schumpeter hace gala en los dos gruesos volúmenes de *Business cycles* supera todo lo visto hasta la fecha; pero esta circunstancia, no siempre apreciada en toda su dimensión, no sirvió para que la nueva e importante publicación de Schumpeter en la Universidad de Harvard pudiera contrarrestar, por ejemplo, el predominio de la *General Theory keynesiana*. Pocas palabras se han dicho con mayor precisión que las de profesor Rending Fels, al prologar la versión abreviada de *Business cycles* (McGraw-Hills, New York, 1964) cuando apunta la inoportunidad de la fecha de publicación de la primera edición de *Business cycles*; en el supuesto de haberse publicado tres años antes —dice Fels— todos los economistas interesados en la cuestión candente de los ciclos económicos habrían dado a la obra la acogida que su contenido merecía; valga, además, una consideración adicional, y ésta consiste en que, una vez estallada la Segunda Guerra Mundial, los nuevos problemas parecían encontrar en la *General Theory* lo que no podía ofrecer la obra de Schumpeter.

Poco después de la publicación de *Business cycles* comenzaron para Schumpeter —y hasta 1942— los peores y más amargos años de su estancia en Harvard. Y para convencerse de ello valga un detalle que los sucesivos biógrafos de Schumpeter han puesto de relieve. Las opiniones del matrimonio Schumpeter sobre Alemania, y aún más sobre el Japón, atrajeron la atención del tenebroso FBI que, paradojas del destino, eligió a Elizabeth Boody como materia preferente de su espionaje, destacando que "había escrito libros alabando el Japón anterior a Pearl Harbour en favor de los japoneses en relación a los chinos".

Después del relativo fracaso que siguió a la publicación de los dos volúmenes titulados *Business Cycles*, Schumpeter tropezó, con respecto a la organización misma de Harvard, con distintos obstáculos; tal vez el de mayor relieve se refiera a la resistencia –basada en razones bastardas– que impidió la contratación, a un nivel adecuado, de la “estrella” de las últimas promociones: es decir, de Paul Anthony Samuelson. Schumpeter escribió al Rector de Harvard diciéndole que comprendería que le hubieran rechazado por ser judío pero no por ser más listo que sus juzgadores. Con incidentes como el relatado, y la pesadumbre que sobre él arrojó el comienzo de la Segunda Guerra Mundial, es fácil comprender que un espíritu tan sensible como el de Joseph Alois Schumpeter, pese al apoyo constante que le brindó su esposa, sufriera en proporciones indecibles, que, sin duda, se trasladaron a su producción científica. El análisis de sus conferencias en el programa Lowell, que llegan al mes de Marzo de 1941, es elocuente más allá de toda interpretación.

Bajo un conjunto de circunstancias de tinte claramente pesimista, Schumpeter dió a luz el libro que le daría mayor fama, y que todavía hoy sigue generando polémica y análisis. Me refiero, como lo hace en un capítulo especial Robert Loring Allen, a *Capitalism, Socialism, and Democracy*. Se trata, como es bien sabido, de la reunión de cinco ensayos, de distinta factura, cuya elaboración se remontaba, incluso, a épocas más distantes. He ahí una oportunidad que Schumpeter no desaprovecharía –pese a la hostilidad general del ambiente– para mostrar en toda su extensión el elevado nivel de su admiración por Karl Marx. Fundamentalmente, la opinión de Schumpeter, que no dejó de mostrar su oposición a las principales teorías de *Das Kapital*, se centró en la concepción del sistema económico como una fase histórica, dotada de factores dinámicos, capaces de provocar la sucesión en favor de un nuevo sistema: la conocida cadena Feudalismo-Capitalismo-Socialismo, introducía –a todos los niveles históricos– un elemento dinámico que faltaba, rotundamente, en todas las concepciones anteriores a *Das Kapital*. Después de su extenso ensayo sobre Marx, Schumpeter se enfrenta con el futuro previsible para el Capitalismo; en respuesta a la pregunta sobre las posibilidades de supervivencia radicalmente opuesta a la adoptada por Karl Marx, Schumpeter destaca las consecuencias negativas que para el futuro del Capitalismo tenían sus éxitos y el continuo proceso de racionalización de la Sociedad. En el tercer ensayo, y desde luego entrando en terrenos mucho más hipotéticos, Schumpeter defiende la viabilidad del Socialismo, y del Socialismo, es de justicia subrayarlo, expresado en su versión más recia: la del Socialismo con dirección central. Merece la pena reclamar la atención, como hace Robert Loring Allen, acerca del contenido del ensayo sobre la posible convivencia entre el Socialismo y la Democracia; finalmente, y aunque se trate de una sección truncada por muchas ausencias, el libro termina con una historia de la mayoría de los Partidos Socialistas.

La recepción de *Capitalismo, Socialismo y Democracia* fue mucho más positiva de lo que cabía esperar en los Estados Unidos de los años cuarenta. Destaca, a estos efectos, la extensa crítica debida a Fritz Machlup, Joan Robinson –con indudables matices críticos– y otros autores.

Los años que siguieron a la publicación de *Capitalismo, Socialismo, y Democracia* fueron especialmente penosos para Schumpeter: las consecuencias de la Segunda Guerra Mundial, con los ejércitos de los Estados Unidos en Europa y en el Pacífico, dejaron el relativo oasis de Harvard con más sombras que luces. Sus reflexiones, contenidas en el libro –de éxito superior a *Business cycles*, por ejemplo –publicado en 1942 venían a suponer la exposición, a ojos de los menos cualificados, de sus refle-

xiones sobre el sistema económico, y también sobre el socialismo, que se remontaban a cuarenta años atrás. En un cierto sentido, y en esto creo que acierta plenamente Robert Loring Allen, podríamos admitir que el libro de 1942, que rompe con la tradición de las obras anteriores de Schumpeter, nos encontramos con un llamamiento al público en general. Tal vez si Schumpeter hubiera emprendido semejante camino, ya desde *Die Theorie*, nos habríamos encontrado con un economista que, como sucedió con John Maynard Keynes, supo recurrir al aldabonazo, y a la vez, a provocar la adhesión de jóvenes y no tan jóvenes en torno a una figura y a una obra.

Unos años después, concretamente en 1948, recibió la elevada distinción que supone ser elegido Presidente de la American Economic Association. Schumpeter aprovechó, con Elizabeth, un fructífero viaje a México, donde preparó una de sus piezas maestras: la alocución *Science and Ideology*. Fueron tres semanas muy útiles tanto para la ciencia como para el conocimiento de la cultura del gran vecino del Sur. La realidad, sin embargo, nos obliga, como lo hace con precisión Robert Loring Allen, a señalar la actividad básica que, desde el año 1942 por lo menos, había absorbido la máxima concentración intelectual de Joseph Alois Schumpeter: como es obvio me refiero a la elaboración de la que sería su obra póstuma, la *History of Economic Analysis*, una obra de ambición gigantesca, que tenía su arranque muchas décadas atrás en su *Epochen und Dogmen*, pero que se prolongaba, aquí y ahora, en sus continuas investigaciones sobre el pasado, mejor diríamos del devenir de la Ciencia Económica; todo ello depurado por el deseo —prácticamente irrealizable— de eliminar de esta futura “Historia” todo cuanto no fueran contribuciones al Análisis Económico, dejando para otras preocupaciones las doctrinas, la ideología, los servicios a los más diversos intereses sociales. Y esta última fase de preparación, en la que Schumpeter no vaciló en quemar lo que le restaba de vida, vino también perturbada por más de una dificultad de tipo administrativo, que conocemos sobradamente los que hemos tenido que batallar con las murallas de papel y los roces con los colegas.

Las páginas que Robert Loring Allen dedica a esos tres últimos años de la vida de Schumpeter —entre Harvard y la residencia de Elizabeth en Taconic— son de la mayor importancia porque nos muestran a Schumpeter como un fiel y devoto de la religión “especial” que construyó en torno al recuerdo de su madre y de Anne Reisinger; siempre será para mí que mantuve una frecuente correspondencia con Elizabeth Boody llegar a comprender la grandeza de su espíritu que supo comprender la gran hipoteca que en el espíritu de su esposo había dejado la triple tragedia de 1926.

En la etapa casi inmediata a la elaboración del material de la *History*, Schumpeter aprovechó diversas oportunidades para adelantar fragmentos de su obra magna. Y aquí comienza una larga y penosa narración que se refiere a la penosa aventura que vino en convertirse la elaboración y puesta a punto de la *History*. Para comenzar, como señala Robert Loring Allen, en una gran parte del trabajo previo Schumpeter no pudo disponer de “facilidades” sistemáticas. En realidad trabajó en cuatro lugares distintos, en los cuales Elizabeth Boody, después del trágico día 8 de Enero de 1950, tuvo que concentrarse para reunir papeles originales, copias, borradores, apuntes, y así sucesivamente.

Desde un principio existió el convencimiento de que Schumpeter había llevado a cabo una labor investigadora de primer orden que debía ser preservada a cualquier precio. En esos cuatro decisivos años (1950-1954) la actividad de Elizabeth Boody —que fallecería de cancer en 1953— fue no solo importante sino que ha de considerarse realmente como indispensable. Desde un principio —como señala R.L. Allen— pudo

contar con la asistencia de Arthur Marget, Paul Sweezy, Gottfried Haberler, Wassily Leontief, Arthur Smithies, y otros. Pero, la justicia histórica no puede admitir enjuagues: si la *History* y sus versiones en casi todos los idiomas se encuentran en nuestras bibliotecas ello se debe, fundamentalmente, a la devoción llevada a límites de sacrificio que protagonizó esa gran mujer que fue Elizabeth Boody Schumpeter. Un hecho, que puede parecer de importancia secundaria, apoya la afirmación anterior: Elizabeth Boody, acuciada por los gastos administrativos –transcripción, verificación de copias, etc– y no pudiendo obtener la necesaria u oportuna ayuda de la Universidad de Harvard, se vió obligada a hipotecar la mitad de su vivienda; todo lo dio por bien empleado si la obra que iba a consagrar la gloria científica de su Joseph llegaba a ver la luz.

Schumpeter, el hombre de las grandes aventuras; el que contaba a sus discípulos que había solicitado de la Providencia que le concediera dos de las tres gracias siguientes: la de ser el mejor amante de Viena; el mejor jinete de Europa y, finalmente, el mejor economista del Mundo. Schumpeter añadía –y esto se remonta a sus tan lejanos años de Czernowitz– que la Providencia (o los Dioses) son muy parcos al conceder las gracias solicitadas: a él le concedieron solamente dos, aun cuando jamás especificó cuáles eran. Pues bien, este hombre a quien algún economista alemán de su tiempo (Wilhelm Röpke, por ejemplo) calificaría de “hombre sin principios”, tropezó en la quiebra de la salud de Elizabeth Boody, operada de cancer el año 1948, con un motivo decisivo para volcarse en el bienestar de la mujer amada, sin dejar –y esta es la gran complejidad del espíritu de Schumpeter– de invocar la ayuda de *Die Hasen*.

Los esposos Schumpeter habían acudido a Chicago para tomar parte en una serie de conferencias (Walgren), y en el transcurso de ellas Joseph Alois Schumpeter encontró la oportunidad adecuada para expresar su veredicto sobre la ausencia de posibilidades de supervivencia del Capitalismo. *The March into Socialism* fue su última aportación en vida. Una lectura de sus Diarios (Papeles de Schumpeter en Harvard) cuenta que el economista austriaco había escrito que “entraba en el último año de su vida”.

Después de su muerte, reflejada en los más diversos medios de comunicación en Estados Unidos y en Europa, ha de recordarse el acuerdo de la Universidad de Harvard, que se tradujo en la publicación-homenaje que lleva por título *Schumpeter, Social Scientist*. Pero, todo quedaría borrado ante el impacto causado, ya en 1954, por la publicación de la *History of Economic Analysis*.

En resumen: en ésta, que desea no ser apresurada, revisión de las cuatro biografías de reciente aparición sobre Joseph Alois Schumpeter, es de justicia reconocer que el trabajo ingente llevado a cabo por el profesor Robert Loring Allen constituye una gran aportación –seriamente documentada– para facilitar a los estudiosos el conocimiento de la vida y la obra de uno de los más grandes economistas del Siglo XX.